



UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACIÓN A DISTANCIA

FACULTAD DE FILOSOFÍA

Máster Universitario en Filosofía Teórica y Práctica

Especialidad Historia de la Filosofía y Pensamiento Contemporáneo

Trabajo Fin de Máster

Erotismo y perversión

Filosofía, psicoanálisis y literatura

Autora: Alejandra Lin Ku

Tutor: Francisco José Martínez Martínez

Madrid, Febrero de 2015

RESUMEN

El presente trabajo es una tentativa de aproximación y comprensión del erotismo como parte inherente de la naturaleza del ser humano, prestando especial atención a sus formas perversas, que son, por excelencia, el sadismo y el masoquismo. Para ello hemos recurrido, sobre todo, a la reflexión de importantes filósofos, pero también a la teoría psicoanalítica freudiana y a la literatura del marqués de Sade y Sacher-Masoch, pues el erotismo se extiende a toda la realidad humana y como tal hallaremos más respuestas (y nuevas preguntas) en la conjunción entre varios campos del saber. Así pues, se trata de un estudio acerca del erotismo a través del diálogo entre filosofía, psicoanálisis y literatura.

ABSTRACT

The objective of this paper is to develop an understanding of eroticism as an inherent part of human nature, paying particular attention to its perverse forms, sadism and masochism. For this purpose we have made use of the thoughts of important philosophers as well as Freudian psychoanalytic theory and the literature of the Marquis de Sade and Sacher-Masoch since eroticism extends to all human reality and as such we will find more answers (and new questions) at the nexus of various fields of knowledge. And so, this paper is a study of eroticism through the dialogue between philosophy, psychoanalysis and literature.

ÍNDICE

1. Introducción -----	4
2. El erotismo	
2.1. Erotismo y muerte -----	7
2.2. Erotismo y belleza -----	9
2.3. Erotismo y sacralidad-----	11
2.4. Deseo y falta -----	12
2.5. Prohibición y transgresión -----	15
2.6. Sexualidad normal y perversión -----	20
3. El pensamiento de Sade	
3.1. Un discurso racional de lo irracional-----	24
3.2. Evolución del pensamiento sadiano -----	26
3.3. De una religión del mal al ateísmo íntegro-----	30
3.4. Nihilismo moral -----	32
3.5. Poder y crimen-----	35
3.6. Destrucción y negación -----	37
3.7. Sodomía -----	39
3.8. La doctrina de la apatía-----	40
4. Sadismo y masoquismo: Sade y Masoch	
4.1. Procedencia terminológica-----	44
4.2. Obscenidad y decencia -----	45
4.3. Luces, sombras y claroscuros -----	48
4.4. Institución y contrato -----	49
4.5. Padre y madre-----	50

4.6. Fantasía perversa -----	54
4.7. Contra la ley -----	56
4.8. Androginia y hermafroditismo -----	57
4.9. Denegación y fetiche -----	58
4.10. Superyó sádico y yo masoquista -----	60
4.11. Eros y Tánatos -----	62
4.12. No complementariedad -----	63
5. Conclusiones -----	68
6. Bibliografía -----	70

1. INTRODUCCIÓN

El presente estudio es una investigación acerca del erotismo humano y sus expresiones, poniendo especial énfasis en sus formas más perversas. Es también un intento de enriquecer la teoría psicoanalítica con el aporte de la filosofía, pues aunque, como cabe esperar, existen puntos de desacuerdo que dificultan aún más el entendimiento, la confluencia de ambos campos del saber abre posibles respuestas y nuevas miras. En esta ocasión nos centraremos mayormente en la visión filosófica, aunque haremos las alusiones necesarias al psicoanálisis (fundamentalmente freudiano) para reflejar similitudes, discrepancias y otros detalles de interés.

Hemos tomado como eje central de nuestro trabajo la reflexión de varios de los pensadores más relevantes del siglo XX respecto a la temática a tratar: George Bataille, Pierre Klossowski, Maurice Blanchot y Gilles Deleuze. A través de sus obras y enseñanzas hemos podido recorrer un trayecto que comienza con la exploración del erotismo, su surgimiento, sus manifestaciones y su íntima relación con la muerte, la belleza, el deseo, la sacralidad, la prohibición y la transgresión.

Tras indagar en lo que podríamos denominar sexualidad normal en el ser humano nos adentraremos en el pensamiento del marqués de Sade como máximo exponente de la perversión, no tanto en el nivel práctico, sino en el teórico, pues Sade llevó la depravación (dentro y fuera del terreno sexual) más allá de la conducta y lo convirtió en un sistema: un legado moral. Destacar este detalle tiene su importancia, pues el nombre de Sade se asocia generalmente, sobre todo en los coloquios banales, a una forma de actuar y pocas veces al pensamiento que la sustenta, a pesar de que lo que ha llegado hasta nosotros de él es predominantemente lo segundo. Muchos son los mitos que rodean a este personaje, tantos que su vida y su persona se desdibujan entre medias verdades y mentiras. Lo único palpable que poseemos de él es su herencia literaria, o lo que es lo mismo, su pensamiento y reflexión, tal vez porque tampoco tuvo apenas momentos para llevar sus palabras al acto en sus casi treinta años de confinamiento.

(...) esta singular invención nació de la soledad de un calabozo. En realidad, la conciencia clara y distinta, renovada sin fin y repetida, de lo que fundamenta el impulso erótico necesitó, para formarse, de la condición inhumana de un prisionero. Libre, Sade

habría podido saciar la pasión que le apremiaba, pero la prisión le retiró los medios para lograrlo.¹

Queda para la fantasía de cada quien imaginar qué hubiera sido del marqués de Sade, de sus obras y sus aventuras sin sus largas décadas de aislamiento.

Para finalizar nuestro recorrido, y tomando como representantes de la sexualidad perversa el sadismo y el masoquismo (las demás perversiones pueden considerarse como formas derivadas), hemos hecho también una comparativa entre ambas posiciones para cuestionar la complementariedad defendida por la teoría psicoanalítica freudiana y a su vez enriquecerla con la reflexión crítica de Gilles Deleuze a partir de la literatura.

Las perversiones, al igual que toda patología en general, nacen en el ámbito social y judicial ante la necesidad de juzgar ciertos comportamientos considerados como desviados. Así pues, muchos desórdenes mentales son denominados e investigados a partir de su inserción dentro de los extremos de la campana de Gauss. A partir de este modo de entender la psicopatología muchos profesionales clínicos se han centrado en exceso en la sintomatología, dejando al sujeto de lado y teorizando cada vez más apartados de la práctica clínica y más preocupados a su vez de encajar a las personas en sus hipótesis. Es menester también volver a la realidad humana con toda su complejidad, prestar menos atención a la perversión y más a los perversos, en otras palabras, volver a la literatura del marqués de Sade y de Leopold von Sacher-Masoch. No debemos olvidar que nadie puede enseñarnos más acerca de la realidad perversa que el propio perverso que la vivencia.

Por tanto, no es de nuestro interés valorar el grado de normalidad de las diversas conductas perversas ni hacer juicios condenatorios, sino comprender al sujeto perverso, sádico o masoquista, en su totalidad. Que sus actos y pensamientos se salgan de la lógica del hombre medio no tiene por qué conducirlos necesariamente a ser tachados como sujetos anómalos y enfermos. Así, a partir de la literatura de Sade por un lado y de Masoch por el otro estudiaremos las particularidades, las similitudes y las diferencias entre sadismo y masoquismo y mostraremos cómo la entidad sadomasoquista no parece posible.

¹ Bataille, 2000, 176.

Puesto que el juicio clínico está repleto de prejuicios, hay que volver a empezar todo por un punto situado fuera de la clínica, el punto literario, desde donde fueron nombradas las perversiones. No es casual que el nombre de dos escritores sirva aquí de designador; es posible que la crítica (en el sentido literario) y la clínica (en el sentido médico) estén decididas a entablar nuevas relaciones donde la una enseñe a la otra, y recíprocamente.²

Este estudio es, en suma, un contacto entre la clínica y la literatura, entre el psicoanálisis y la filosofía, entorno al erotismo y la perversión.

² Deleuze, 2008, 16.

2. EL EROTISMO.

2.1. EROTISMO Y MUERTE.

A diferencia del resto de especies animales, el hombre tiene conciencia de su propia muerte. La finitud cae sobre nosotros como una losa pesada de pavor, incertidumbre e indefensión, pero también nos despierta de nuestra ceguera y nos posibilita una visión más plena y enriquecida de la vida. Salimos de la indiferencia para aprehender y construir significados, para traspasar el letargo. Le decimos que no al movimiento de la Naturaleza en busca de algo más. Ser conocedores de nuestra temporalidad cambia necesariamente nuestra posición frente al mundo, frente a nosotros mismos, y también frente a nuestra sexualidad.

Surge así el erotismo, aquello que nos separa de la animalidad y que a su vez nos conecta con nuestra naturaleza instintiva, porque la sexualidad humana no elimina la sexualidad animal, sino que partiendo de ella y conservándola en sí, la supera. El erotismo no nos viene dado de fuera; debe ser reconocido por un sujeto, vivenciado como experiencia interior. Escapamos así, mediante el erotismo, de los límites genéticos y jugamos más allá, donde existe cierta libertad de elección, de comportamiento, de placer. El fin último no es ya la procreación, sino la voluptuosidad, pues cuando se cruza la frontera de la biología ya no estamos bajo el amparo del equilibrio natural, sino que nos encontramos necesariamente en el terreno del desorden y los excesos.

Erotismo y muerte van por tanto de la mano. Dice Bataille al respecto: “el erotismo surge de la dialéctica entre lo continuo (ser) y lo discontinuo (el sujeto) que experimenta el deseo de continuidad (que no puede sino ser deseo de muerte)³”. El ser humano, ante la conciencia de su propia finitud, se enfrenta con la soledad y la fragilidad de su existencia particular. Para combatir esta angustia se arroja en la búsqueda tormentosa de la plenitud, sólo posible mediante la fusión con una totalidad, es decir, con la destrucción del sujeto. Y es que lo que está en juego en el erotismo es siempre una disolución de las formas constituidas; a través del erotismo los seres pasan de la discontinuidad a la continuidad mediante la obscenidad.

³ Bataille, 1981, 10.

Ese abismo es profundo; no veo qué medio existiría para suprimirlo. Lo único que podemos hacer es sentir en común el vértigo del abismo. Puede fascinarnos. Ese abismo es, en cierto sentido, la muerte, y la muerte es vertiginosa, es fascinante. (...) para nosotros, que somos seres discontinuos, la muerte tiene el sentido de la continuidad del ser.⁴

Pensemos en la unión de los amantes en busca de la “pequeña muerte”, de fundir sus individualidades en un todo indivisible. Se despojan de las ropas y entregan sus cuerpos desnudos a la marea sexual, donde el yo se pierde y se abandona en el fondo del océano carnal. O la pasión amorosa que es el impulso hacia la unión imposible con la persona amada, esa desesperación por el otro que roza la locura y la muerte. En el encuentro con el otro la feliz e ilusoria continuidad va siempre precedida y orquestada por la mayor de las angustias; pasión y sufrimiento se confunden, pues la fusión completa nunca se produce y la posible pérdida del objeto amado se nos aparece como amenaza de muerte.

Esencialmente, el amor eleva el gusto de un ser por otro a un grado de tensión en que la privación eventual de la posesión del otro (o la pérdida de su amor) no se resiente menos duramente que una amenaza de muerte. Así, su fundamento es el deseo de vivir en la angustia, en presencia de un objeto de valor tan grande que el corazón le falla a quien teme su pérdida. La fiebre sensual no es el deseo de morir. Asimismo, el amor no es el deseo de perder, sino el de vivir con el miedo de la posible pérdida, manteniendo el ser amado al amante al borde del desfallecimiento: sólo a este precio podremos sentir ante el ser amado la violencia del arrobamiento.⁵

Este ansioso anhelo de fusión se fundamenta en aquella primera unión que vivenciamos y de la cual conservamos dolorosamente su fragancia a continuidad y máxima dicha: la díada madre e hijo de la cual nos habla el psicoanálisis, una simbiosis que forzosamente hay que romper para no caer exactamente en la muerte psíquica y la desaparición del sujeto.

De esta suerte, la violencia sexual y la violencia de la muerte se confunden, porque el impulso de amor, llevado hasta el extremo, es un impulso de muerte. Ambos son

⁴ Bataille, 2013, 17.

⁵ *Ibíd.*, 246-247.

excesos y pertenecen al universo sádico, ambos desconciertan y sobrecogen el corazón humano. “La pasión nos susurra al oído: si poseyeras realmente al ser amado, tu corazón estrangulado por la soledad formaría un solo corazón con él o ella. La pasión insinúa el asesinato, el suicidio, la muerte”⁶.

No obstante, a pesar de bailar como funambulistas sobre la frontera entre la vida y la muerte, no es la muerte lo que se busca con tanta pasión, sino vivir más intensamente en el límite de morir.

Este deseo de zozobrar, que embarga íntimamente a cualquier ser humano, difiere no obstante del deseo de morir por su ambigüedad: es sin duda deseo de morir, pero, al mismo tiempo, es deseo de vivir, en los límites de lo posible y de lo imposible, con una intensidad cada vez mayor. Es el deseo de vivir dejando de vivir o de morir sin dejar de vivir, el deseo de un estado extremo (...).⁷

En el erotismo la vida discontinua no está condenada a desaparecer, tal como defiende Sade, sino que es puesta en entredicho, turbada, arrancada de toda tranquilidad y certeza. Empuja al hombre a hacerse preguntas acerca del ser, la nada, la discontinuidad de la existencia, la continuidad de la muerte.

Así pues, el erotismo corresponde a la práctica sexual del hombre cuando deja de ser rudimentaria para apelar a la experiencia interior del deseo, a la libertad y a lo sagrado, cuando abre un interrogante y posibilita que el ser se cuestione a sí mismo, porque el ser no tiene presencia real en nosotros más que sublevado.

2.2. EROTISMO Y BELLEZA.

Todo objeto del erotismo posee un fondo común: la belleza. El deseo persigue la belleza, corretea como un niño emocionado tras un juguete bonito, y el juguete lo sabe. El objeto muestra al deseo su belleza y la belleza destaca su valor.

Las personas somos también posibles objetos de deseo, y como tales nos preocupa ensalzar la belleza de nuestro físico. Salvando las distancias entre las preferencias de los

⁶ Baigorria, 2003, 25.

⁷ Bataille, 2013, 245.

diferentes momentos y lugares, los diversos ideales de belleza no difieren demasiado entre ellos. Se trata siempre de alejar de la animalidad la imagen del cuerpo humano. Para ello el hombre ha ingeniado las más variadas y sutiles técnicas para desviar el cuerpo del cauce natural y moldearse bajo el canon establecido.

La belleza humana siempre exige alguna forma de mutilación. Se cubren algunas zonas y se descubren otras, se afeitan los pelos en algunos lugares y se dejan en otros. Siempre hay algo para ocultar, extirpar o arrancar. Uñas, vello, labios, pechos, cintura, pies y manos se ponen al servicio de instrumentos de disciplina: tijeras, hojas de acero, sujetadores, fajas, tacones, miriñaques, calzados de ajuste para impedir el crecimiento de los pies, como en la antigua China. Es inútil buscar ‘naturaleza’ alguna en el ideal de la belleza: sólo una lógica que va moldeando la realidad corporal para manejar las aproximaciones y fugas del deseo⁸.

Por otro lado, este cuerpo explotado y castigado para suscitar el deseo en los demás busca potenciar aún más su hermosura y atractivo cubriéndose de ropas que ocultan y anuncian su anhelada desnudez. Es el júbilo del amante ir destapando centímetro a centímetro la piel de la compañera mas, paradójicamente, tras los vestidos son aquellas zonas recorridas por el vello, aquellas que son más animales, las más deseadas de todas.

Más aún, cuando al fin el cuerpo se ha quedado expuesto puede desnudarse todavía más y mostrar sus secretos, pues posee varias aperturas que son promesas de placer y exceso. Y ante estos agujeros húmedos y oscuros buscamos ya no humanidad, sino bestialidad, porque el acto sexual nos conecta con la animalidad y con la fealdad. La belleza humana introduce de esta forma la oposición entre la humanidad más pura y la animalidad repelente de los órganos sexuales. Es el momento de ensuciar lo hermoso, del deleite de la profanación, porque “profanar la belleza es imprimir con violencia el rastro de un cruce bestial”⁹.

De lo que se trata es de profanar esa cara, su belleza. De profanarla primero revelando las partes secretas de una mujer; y luego colocando ahí el órgano viril. Nadie duda de la fealdad del acto sexual. (...) Que situaciones y costumbres varíen según los gustos, no

⁸ Baigorria, 2003, 102.

⁹ *Ibíd.*

puede hacer que, de manera general, la belleza (la humanidad) de una mujer no concurra a hacer sensible (y chocante) la animalidad del acto sexual. Nada más deprimente, para un hombre, que la fealdad de una mujer, sobre la cual la fealdad de los órganos o del acto no se destaca. La belleza es importante en primer lugar por el hecho de que la fealdad no puede ser mancillada, y que la esencia del erotismo es la fealdad. La humanidad significativa de la prohibición es transgredida en el erotismo. Es transgredida, profanada, mancillada. Cuanto mayor es la belleza, más profunda es la mancha.¹⁰

2.3. EROTISMO Y SACRALIDAD.

Siendo el erotismo una experiencia subjetiva no puede ser estudiado como un objeto exterior al hombre, como si de una cobaya en un laboratorio se tratase. Sólo puede ser comprendido desde dentro, al igual que la religión. El erotismo es sagrado, pero no en el sentido de la búsqueda de Dios, sino como el anhelo de un ser más allá del mundo inmediato y finito, el deseo de romper con la soledad del ser aislado para alcanzar el sentimiento de totalidad. En definitiva, el erotismo es abrir el cuerpo a lo infinito, es el movimiento que fluye de la discontinuidad a la continuidad del ser.

Y la continuidad del ser no es otra que la muerte, aquella que pone fin a la existencia de los seres individuales, aquella que disuelve todos los seres en las aguas de la eternidad.

Lo que despierta el sentimiento de lo sagrado es el horror. (...) Lo que más horror nos da es la muerte; y en el sentimiento de lo sagrado, la existencia es vecina de la muerte, como si dentro de un sueño, el contenido de un ataúd nos arrastrara hacia él.¹¹

El erotismo es por tanto criminal porque “el terreno del erotismo es esencialmente el terreno de la violencia, de la violación”¹². Por ello es también ambivalente: reúne vida y muerte bajo la misma experiencia y ser consciente de ello perturba terriblemente al ser humano.

¹⁰ Bataille, 2013, 151.

¹¹ Bataille, citado en Baigorria, 2003, 108.

¹² Bataille, 2013, 21.

El erotismo, que es afirmación de la vida incluso dentro del dolor, la agonía y el suplicio, se vincula directamente con el éxtasis sacro: encontrar goce en el horror, belleza hasta en la muerte.

No obstante, la coincidencia o unión de los opuestos, que podría ser fuente de dicha o alegría, en principio nos angustia. Exalta, pero también aterroriza. Dice Bataille: la angustia sobreviene al advertir esas coincidencias.¹³

Pulsión de vida y pulsión de muerte necesitan el uno del otro como la noche y el día o el cielo y el infierno. Como asumir todas las consecuencias de este vínculo irrompible empujaría al alma hacia unos niveles de angustia insoportables, el hombre se escuda tras corazas y murallas (represión, denegación y forclusión) en un intento de contener la locura y equilibrar la psique.

2.4. DESEO Y FALTA.

No se puede hablar de erotismo sin hablar de deseo, esa fuerza interna que nos impulsa a aprehender, a superar, a construir, a buscar al otro,... Esa fuerza que no es posible sin la ausencia, pues es ante la falta cuando surge el deseo de colmarla. Ya lo decía Freud: para que el deseo sea posible el sujeto ha de asumir su propia castración simbólica o, en otras palabras, dejar de ser “su majestad el niño” y aceptar la herida narcisista. Sólo así, con su finitud, sus agujeros y sus límites el ser humano saldrá del ensimismamiento y se entregará a la cultura y al otro. Si por el contrario se acomoda en su trono de omnipotencia quedará atrapado en ese plus de goce mortal.

Lo que está al acecho por debajo de esa actitud narcisista es, sin embargo, la pulsión de muerte freudiana, una especie de tenacidad “que no muere” ya denunciada por Kant como un exceso violento que está ausente en los animales, que es la razón de que sólo los humanos necesiten ser educados por medio de la disciplina. La Ley simbólica no domestica y regula la naturaleza, sino que, precisamente, se aplica ella misma a un exceso innatural.¹⁴

¹³ Baigorria, 2002, 109.

¹⁴ Žižek, 2006, 106.

Por supuesto, esta falta es incolmable, primero porque el objeto perdido está perdido para siempre (la ilusión de completud con la imagen materna), y segundo porque la satisfacción del deseo conllevaría la muerte del sujeto. Colmar el deseo es lo mismo que agotar el deseo puesto que ya no habría sueños que cumplir ni metas que perseguir: es el estado de la plenitud donde no cabe absolutamente nada.

Así, el deseo fluye como una montaña rusa, con fuertes subidas y descensos abruptos para volver a renacer, crecer y de nuevo desilusionarse y morir. Se trata de una fuerza pulsional que salta vertiginosamente de objeto en objeto condenada eternamente a la frustración, mas también a vivir, pues si bien el deseo empuja siempre hacia adelante, también sabe cambiar de rumbo a tiempo si se encuentra cara a cara con la muerte. Pero mientras la amenaza no aparezca más que como un mero aviso, el deseo seguirá coqueteando con el abismo en busca de una cada vez mayor excitación y entretenimiento.

Queremos acceder al *más allá* sin tomar una decisión, manteniéndonos prudentemente *más acá*. No podemos concebir nada, imaginar nada, como no sea en los límites de nuestra vida, más allá de los cuales nos parece que todo se borra. Más allá de la muerte, en efecto, comienza lo inconcebible, que de ordinario no tenemos el valor de afrontar. Y, sin embargo, lo inconcebible es la expresión de nuestra impotencia. Lo sabemos, la muerte no borra nada, deja intacta la totalidad del ser, pero no podemos concebir la continuidad del ser en su conjunto a partir de nuestra muerte, a partir de lo que muere en nosotros. De ese ser que muere en nosotros, no aceptamos sus límites. Esos límites queremos franquearlos a cualquier precio, pero al mismo tiempo habríamos querido excederlos y mantenerlos.¹⁵

En efecto, es en esa esa fina línea que separa vida y muerte donde encontramos los más altos placeres, donde nos encontramos con nuestro ser.

Y puesto que, en la muerte, al mismo tiempo que el ser nos es dado, nos es quitado, debemos buscarlo en el sentimiento de la muerte, en esos trances intolerables en los que

¹⁵ Bataille, 2013, 147.

nos parece que morimos, porque el ser ya no está en nosotros más que como exceso, cuando coinciden la plenitud del horror y la del gozo.¹⁶

Sobre esta cuestión Sade era buen conocedor ya que bajo su doctrina del egoísmo íntegro el placer y la muerte se entremezclan hasta formar un amasijo de lo más siniestro.

Sade dedicó interminables obras a la afirmación de valores inaceptables: la vida, según él, era la búsqueda del placer, y el placer era proporcional a la destrucción de la vida. Es decir, que la vida alcanzaba su más alto grado de intensidad en una monstruosa negación de su principio.¹⁷

A una distancia prudente el fuego calienta, pero si nos adentramos en las llamas nos quemaremos. Asimismo, no pudiendo alcanzar jamás nuestro objeto de deseo porque supondría nuestro fin, jugamos a estirar la goma lo máximo posible y disfrutamos del amargo deleite de la fantasía, de colocarnos al borde del vacío y sonreír, pues fuera de estos contornos la vida resulta a menudo tediosa y sin sabor.

¡Qué dulce es quedarse en el deseo de exceder, sin llegar hasta el extremo, sin dar el paso! ¡Qué dulce es quedarse largamente ante el objeto de ese deseo, manteniéndonos en vida en el deseo, en lugar de morir yendo hasta el extremo, cediendo al exceso de violencia del deseo.¹⁸

Así pues, la constante decepción que nos brinda el deseo no parece tan mala compañera de viaje cuando se la compara con su alternativa, y es que si nos dejáramos llevar por nuestras pulsiones acabaríamos consumiéndonos por nuestra exuberante sexualidad y sangrienta agresividad, antípoda la una de la otra pero a la vez inseparables.

¹⁶ Bataille, 2013, 274.

¹⁷ *Ibíd.*, 186.

¹⁸ *Ibíd.*, 2013, 147.

La sexualidad y la muerte sólo son los momentos agudos de una fiesta que la naturaleza celebra con la inagotable multitud de los seres; y ahí sexualidad y muerte tienen el sentido del ilimitado despilfarro al que procede la naturaleza, en un sentido contrario al deseo de durar propio de cada ser.¹⁹

Es así porque placer y dolor, goce y horror, son fácilmente confundidos. Veremos hacia el final de nuestro estudio cómo estos pares aparentemente antitéticos se concilian en la perversión masoquista.

Para llegar hasta el final del éxtasis donde nos perdemos en el goce, siempre debemos poner un límite inmediato: el horror. No sólo el dolor de los demás o el mío propio al acercarme al momento en que el horror se apoderará de mí puede hacerme alcanzar un estado gozoso rayano en el delirio, sino que no hay forma de repugnancia en la cual no pueda discernir afinidad con el deseo. No es que el horror se confunda alguna vez con la atracción, pero si no puede inhibirla o destruirla, el horror refuerza la atracción. El peligro paraliza, pero al ser menos fuerte puede excitar el deseo. Sólo alcanzamos el éxtasis en la perspectiva, aun lejana, de la muerte, de lo que nos destruye.²⁰

En suma, el deseo y la insatisfacción se entrelazan para toda la eternidad en beneficio de la vida. No resulta extraño, entonces, que la propia cultura ponga frenos a sus pasiones, siempre bajo la intuición de que el recto camino de la virtud no es para nada el más divertido.

2.5. PROHIBICIÓN Y TRANSGRESIÓN.

El ser humano no acepta la naturaleza tal cual. Modifica a conveniencia el mundo exterior y se educa a sí mismo enjaulando a su animal interior. La sociedad se funda así sobre sus prohibiciones, sin las cuales las energías individuales se desbordarían y harían insostenible la convivencia de los unos con los otros y consigo mismos. Así pues, le ponemos cadenas a nuestros impulsos y nos vestimos de moderación. De esta necesidad

¹⁹ Bataille, 2013, 65.

²⁰ *Ibíd.*, 273.

de orden nace el trabajo, tarea organizada mediante la cual renunciamos a la satisfacción inmediata a cambio de un placer tímido y postergado.

El animal humano transforma el principio de placer en principio de realidad: puede distinguir entre satisfacción inmediata y retardada, entre el goce y su restricción, entre el trabajo y el juego. La razón promete un beneficio ulterior a cambio de la renuncia al placer sin límites. Uno podría ceder al arrebatado natural, a la tentación de saciar *ya* sus deseos, al goce impetuoso de los sentidos. Pero no lo hace. Se trata de una autorrenuncia; si bien, desde que el hombre vive en sociedad, es ante todo una restricción colectiva: la comunidad asume la paradoja de restringir y coartar la vida para que la vida no cese.²¹

Si bien la instauración del trabajo posibilitó la convivencia entre los seres humanos, también nos condenó a la ignorancia de una parte de nosotros mismos al dejar excluida de la vida social la sexualidad y la muerte, ambas grandes perturbaciones para el mundo laboral, pero finalmente realidades ineludibles de la existencia humana sin las cuales la vida no tendría sentido.

En la medida en que el hombre se definió mediante el trabajo y la conciencia, tuvo no sólo que moderar, sino que ignorar y a veces maldecir en sí el exceso sexual. En un sentido, este desconocimiento ha apartado al hombre, si no de la conciencia de los objetos, al menos de la conciencia de sí mismo. Lo ha encaminado al mismo tiempo hacia el conocimiento del mundo y hacia la ignorancia de sí. Pero si trabajando no se hubiera vuelto primero consciente, no habría en absoluto conocimiento: estaríamos aún en la noche animal.²²

En efecto, todos los individuos inmersos en la misma cultura se sacrifican por el bien común y renuncian a una parte de sí para estar en consonancia con los demás. Dicha situación conlleva cierta paradoja: lo vetado es también lo más deseado por la humanidad; si no fuera así no habría necesidad de dictar prohibición alguna. Mandatos como “no matarás” o “no cometerás adulterio” se alzan como lápidas aplastando nuestras fuerzas de agresión y de lujuria, socialmente inaceptables y vergonzosas.

²¹ Baigorria, 2003, 29.

²² Bataille, 2013, 167.

Tenemos como ejemplo sublime el mito bíblico del pecado original, donde sexualidad, prohibición y muerte van unidas. La paradoja incluso va más allá: en numerosas ocasiones algo no es siquiera mirado de soslayo hasta que la prohibición se abalanza contra él. Ciertamente, también queremos lo que no podemos tener.

Por todo esto es evidente que la transgresión de la norma no sólo conduce a la culpa, sino también al placer. Angustia y goce se presentan irremediabilmente ligados para la instauración de los límites y la posibilidad de jugar con ellos.

Pero experimentamos, en el momento de la transgresión, la angustia sin la cual no existiría lo prohibido: es la experiencia del pecado. La experiencia conduce a la transgresión acabada, a la transgresión lograda que, manteniendo lo prohibido como tal, lo mantiene *para gozar de él*. *La experiencia interior del erotismo requiere de quien la realiza una sensibilidad no menor a la angustia que funda lo prohibido, que al deseo que lleva a infringir la prohibición*. Esta es la sensibilidad *religiosa*, que vincula siempre estrechamente el deseo con el pavor, el placer intenso con la angustia.²³

El terreno del erotismo es precisamente el de la transgresión de la prohibición, y precisamente por ello la satisfacción del deseo no es siempre de nuestro interés. Recordemos que al deseo le gusta fluir en la penumbra; a la luz los hechos pierden su encanto.

La prohibición da un sentido que en sí misma la acción prohibida no tenía. Lo prohibido compromete en la transgresión, sin la cual la acción no tendría el resplandor de maldad que seduce... Es la transgresión de lo prohibido la que hechiza...²⁴

Por tanto, aunque pongamos un pie más allá del borde la interdicción no cae ni tampoco queremos que lo haga, puesto que “la transgresión no es la negación de lo prohibido, sino que lo supera y lo completa”²⁵. Anunciar una restricción es a su vez una llamada a quebrantarla. El tabú ha de sobrevivir para que el goce no desfallezca.

²³ Bataille, 2013, 43.

²⁴ Bataille, 1981, 47.

²⁵ Bataille, 2013, 67.

Una vez derribado el obstáculo, la prohibición escarnecida sobrevive a la transgresión. El más sangriento de los homicidas no puede ignorar la maldición que recae sobre él. Pues esa maldición es la condición de su gloria. Las transgresiones, aun multiplicadas, no pueden acabar con la prohibición, *como si la prohibición fuera únicamente el medio de hacer caer una gloriosa maldición sobre lo rechazado por ella.*

Esta última frase contiene una verdad primera: la prohibición, fundamentada en el pavor, no nos propone solamente que la observemos. Nunca falta su contrapartida. Derribar una barrera es en sí mismo algo atractivo; la acción prohibida toma un sentido que no tenía antes de que un terror, que nos aleja de ella, la envolviese en una aureola de gloria. “Nada contiene al libertinaje”, escribe Sade, “(...) y la manera verdadera de extender y de multiplicar los deseos propios es querer imponerles limitaciones.” Nada contiene al libertinaje... o, mejor, en general, no hay nada que reduzca la violencia.²⁶

La prohibición del incesto es tal vez el mayor de los tabúes jamás impuesto por el hombre, el primer testimonio de la relación básica entre el hombre y la negación de su sexualidad animal. Ha tenido diversas expresiones y condiciones según la época y el lugar, pero ha existido desde que el ser humano puede denominarse como tal y lo acompañará hasta el fin de sus días.

De cualquier modo, siempre se trata de oponer al desorden animal el principio de la humanidad cabal: a ésta le ocurre un poco lo que a la dama inglesa de la época victoriana, que simulaba creer que la carne y la animalidad no existían. La plena humanidad social excluye radicalmente el desorden de los sentidos; niega su principio natural, rechaza lo dado y sólo admite el espacio de una casa ordenada, arreglada, a través de la cual se desplazan respetables personas, al mismo tiempo ingenuas e inviolables, tiernas e inaccesibles. En este símil no sólo se da el límite que establece la reserva de la madre respecto al hijo o de la hija respecto al padre: es generalmente la imagen (o el santuario), de esta humanidad asexuada, la que levanta sus valores fuera del alcance de la violencia y de la inmundicia de las pasiones.²⁷

Veremos más adelante cómo Sade no sólo osa quebrantar el tabú del incesto en la práctica, sino que también razona lo absurdo de su existencia y mantenimiento. En

²⁶ Bataille, 2013, 52

²⁷ *Ibíd.*, 224.

realidad el marqués pretende rescatar de entre las rejas a toda pasión condenada socialmente.

Así pues, a pesar de ser seres racionales, sobrevive en nosotros un fondo de violencia que sólo puede ser reducido parcialmente, que no es otra que la tentación imperecedera de violar la ley. Tanto si lo que está en cuestión es la sexualidad como si lo es la muerte, lo que está siempre en el punto de mira de la prohibición es la violencia, la violencia que atemoriza, pero que también fascina.

Resulta obvio que el erotismo se relacione a menudo con la idea del mal pues, al contrario que el trabajo, no produce, gasta. Pero es que el erotismo apela a la sinrazón, es exceso y anhelo de traspasar los límites, y los traspasará siempre que los vacíos legales de la sociedad se lo permitan.

Sin embargo, ni el trabajo nos absorbe íntegramente ni la razón es siempre obedecida. Aun en medio de nuestras actividades más racionales, siempre hay un *afuera* de la razón, que está al acecho, en las sombras, plantado como una amenaza, aprovechando cada grieta del orden social para irrumpir con toda su voluntad de desorden.²⁸

De hecho, el ser humano ha inventado, en todos los tiempos y lugares, excepciones donde las líneas se difuminan, un tiempo de ocio que se contrapone al tiempo de trabajo, un juego contrario al principio de conservación donde el gasto se impone. Curiosamente, hasta la transgresión está regulada por el cuerpo social; parece que nada escapa de su atenta mirada. Muestra de ello es la guerra, paréntesis temporal donde la aniquilación es permitida e incluso exigida o, dentro del ámbito que nos concierne ahora mismo, las orgías dionisiacas o la prostitución ritual, donde el tabú sexual se viola “religiosamente”. Y es que rechazar la violencia del impulso natural no significa romper del todo con nuestra animalidad, sino acordar un pacto con nuestras bestias.

Con el movimiento de las prohibiciones, el hombre se separaba del animal. Intentaba huir del juego excesivo de la muerte y de la reproducción (esto es, de la violencia), en cuyo poder el animal está sin reservas.

²⁸ Baigorria, 2003, 29.

Ahora bien, con el movimiento segundo de la transgresión, el hombre se acercó al animal. Vio en el animal lo que escapa a la regla de la prohibición, lo que permanece abierto a la violencia (esto es, al exceso), que rige el mundo de la muerte y de la reproducción.²⁹

Por tanto, el mal no es la transgresión en sí, sino la transgresión condenada: el pecado. Lo demás está permitido. Podemos aflojar los grilletes, pero con el suficiente cuidado de no perder de vista al monstruo, o se escapará. En este punto se vuelve comprensible la necesidad de definir ya no sólo las normas, sino también las condiciones de su transgresión.

A menudo, en sí misma, la transgresión de lo prohibido no está menos sujeta a reglas que la prohibición. No se trata de libertad. *En tal momento y hasta ese punto*, esto es posible: éste es el sentido de la transgresión. Ahora bien, una primera licencia puede desencadenar el impulso ilimitado a la violencia. No se han levantado simplemente las barreras; incluso puede ser necesario, en el momento de la transgresión, afirmar su solidez. En la transgresión se suele poner un cuidado máximo en seguir las reglas; pues es más difícil limitar un tumulto una vez comenzado.³⁰

De manera tal que la ley no se establece y mucho menos se cumple en forma rigurosa. Aparte de los paréntesis acordados, las expresiones moderadas son toleradas mientras tengan lugar en el espacio de la intimidad y el secreto pero, de modo hipócrita, todo exceso fuera de estos márgenes cae bajo la lápida de la perversión.

2.6. SEXUALIDAD NORMAL Y PERVERSIÓN.

Teniendo en cuenta el gusto profesado a la violación de las reglas, cabe esperar que todas las personas posean componentes perversos. En cualquier relación sexual pueden incluirse prácticas perversas (rol de sumisión, existencia de fetiches, cierta violencia física,...) sin por ello tener que hablar de patología alguna. Bajo los juegos perversos se intuye el enorme placer que causa cruzar los límites de lo común y lo cotidiano. En la

²⁹ Bataille, 2013, 88.

³⁰ *Ibíd.*, 69-70.

intimidad de la alcoba el ser humano se permite aflojar las cadenas (o apretárselas más) y disfrutar del pecado, aunque sea a modo ilusorio, pues no se tratan más que de simulaciones.

Freud (1905) fue el primero en cuestionar las concepciones clásicas sobre las perversiones. Rechaza la idea de que sean desviaciones respecto a la norma para defender que surgen de la sexualidad normal.

Los médicos que primero estudiaron las perversiones en casos típicos y bajo condiciones especiales se inclinaron, naturalmente, a atribuirles el carácter de un estigma patológico o degenerativo, como ya vimos al tratar de la inversión. Sin embargo, es más fácil demostrar aquí, en los casos de perversión, el error de estas opiniones. La experiencia cotidiana muestra que la mayoría de estas extralimitaciones, o por lo menos las menos importantes entre ellas, constituyen parte integrante de la vida sexual del hombre normal y son juzgadas por éste del mismo modo que otras de sus intimidades. En circunstancias favorables, también el hombre normal puede sustituir durante largo tiempo el fin sexual normal por una de estas perversiones o practicarla simultáneamente. En ningún hombre normal falta una agregación de carácter perverso al fin sexual normal, y esta generalidad es suficiente para hacer notar la impropiedad de emplear el término perversión en un sentido peyorativo.³¹

El maestro vienés habla así del niño perverso-polimorfo, el niño cuyas pulsiones, ante de reunirse en torno a la genitalidad, fluyen de forma parcial por diferentes zonas erógenas. El niño disfruta cuando lo asean, cuando lo acarician, cuando le hablan; cuando mira, cuando mama, cuando orina. Esta infancia perversa pervive en toda sexualidad adulta en forma de besos, de sexo oral, sexo anal, juegos de toda clase,... La sexualidad no se reduce únicamente a la genitalidad, ni siquiera a cuestiones de cama, pues se encuentra detrás de toda vivencia humana. Se expresa en nuestra manera de pensar y de sentir, de relacionarnos, en nuestra posición frente el mundo, frente a nosotros mismos y frente los demás. La sexualidad todo lo abarca.

Cabe preguntarse entonces qué diferencia la perversión como componente normal de toda sexualidad humana y la perversión como patología clínica. Freud concluye que

³¹ Freud, 2007a, 1187.

para que se pueda hablar de patología han de cumplirse dos condiciones: la fijación y la exclusividad.

Cuando la perversión no aparece al lado de lo normal (fin sexual y objeto), sino que, alentada por circunstancias que la favorecen y que se oponen en cambio a las tendencias normales, logra reprimir y sustituir por completo a estas últimas; esto es, cuando presenta los caracteres de exclusividad y fijación, es cuando podremos considerarla justificadamente como un síntoma patológico.³²

Por ende, un sujeto normal posee un gran abanico de posibilidades sexuales. Hoy puede jugar al rol de sádico, mañana al de masoquista y pasado practicar el coito de la manera tradicional. Tiene la opción de elegir; el sujeto perverso no. El perverso está atado a su fantasía y a su repetición, lo cual resulta irónico ante su aparente libertad. Frente a la imagen de libertino que toma cuanto quiere y cuando quiere se esconde en realidad un ser condenado a repetir la misma escena una y otra vez, sin horizonte, sin tiempo final. Se trata de un fantasioso atrapado en su propia imaginación limitada.

El motivo de esta acotada libertad sexual se debe normalmente a la exposición prematura del niño a estímulos sexuales, a menudo por abuso o seducción por parte de un adulto.

La adquisición de las perversiones y su práctica encuentran, por tanto, en él muy pequeñas resistencias, porque los diques anímicos contra las extralimitaciones sexuales; o sea, el pudor, la repugnancia y la moral, no están aún constituidos en esta época de la vida infantil o su desarrollo es muy pequeño.³³

De este modo, por una agresión e interrupción del desarrollo psíquico y emocional normal el niño se queda anclado en una etapa pregenital de su evolución psicosexual. Si en el pasado fue el niño indefenso empujado a una situación angustiante, hoy es él el perverso que controla la angustia de su partenaire, como si de un director de cine se tratase, que manipula a su antojo la decoración, el argumento, los personajes, el dolor, el placer, la angustia. El falo es suyo.

³² Freud, 2007a, 1230.

³³ *Ibíd.*, 1205.

Esta estimulación sexual temprana podemos apreciarla en la biografía de Sacher-Masoch, en dos experiencias específicas. Una, con su nodriza, quien le narraba historias de crueles princesas y zarinas que torturaban o asesinaban a los hombres. La otra, la de su tía Zenobia, mujer envuelta en majestuosas pieles que engañaba y maltrataba a su marido con su crueldad y su fusta, con la cual llegó a pegar también al pequeño Sacher-Masoch de ocho años.

Hay también en la vida del marqués de Sade experiencias sexuales precoces: a la edad de diez años presenciaba las orgías que celebraba su tío paterno, abad de Saint-Léger d'Ebreuil y afamado libertino, por las noches en el castillo.

Veremos páginas más adelante cómo ambos autores cumplen también con las condiciones de fijación y exclusividad en forma de repeticiones, cada cual con su sello de identidad personal.

3. EL PENSAMIENTO DE SADE.

3.1. UN DISCURSO RACIONAL DE LO IRRACIONAL.

En apariencia el discurso de Sade es extremadamente racional. Analiza y argumenta escrupulosamente bajo la luz de la evidencia y es frecuente el uso de sistemas de lógica. Vuelve una y otra vez, incansable, sobre los mismos asuntos, para observarlos con mira microscópica desde todos los ángulos posibles, respondiendo y resolviendo toda objeción que aparece. No hay traba en el pensamiento que lo haga titubear ni enigma que ponga fin a su paciencia. Su lenguaje es abundante, pero también directo, conciso y firme.

No obstante, bajo toda esta intensa racionalización nos encontramos con un trasfondo de lo más irracional. No se sabe con certeza de dónde parte su pensamiento ni hacia dónde va. Es un pensamiento que se reconstruye continuamente, sin inicio ni final.

Su literatura, teatralización de su mente, emana en todo momento cierta incoherencia y confusión. Sus personajes se entregan en nombre de la razón a elaborados desarrollos teóricos que no parecen tener culminación pero sí muchas contradicciones. La incongruencia palpable de su pensamiento se debe quizá a su tentativa de otorgar voz a la violencia cuando la violencia es en sí silenciosa.

Dije que la violencia es muda. Pero el hombre castigado por un motivo que considera injusto no puede aceptar callarse. Guardar silencio sería como aprobar la pena impuesta. En su impotencia, muchos hombres se contentan con un desprecio mezclado de odio. El marqués de Sade, sublevado en su prisión, tuvo que dejar que en él hablara la rebeldía: habló, lo que la violencia por sí sola no hace. Al rebelarse, tenía que defenderse, o mejor atacar, llevando el combate al terreno del hombre moral, al que pertenece el lenguaje. El lenguaje fundamenta el castigo, pero sólo el lenguaje pone en tela de juicio este fundamento. (...) Por esta vía se enfrentaría al universo, a la naturaleza, a cuanto se oponía a la soberanía de sus pasiones.³⁴

³⁴ Bataille, 2013, 196-197.

Llegamos de esta forma a una violencia que tiene la serenidad de la razón, una violencia que procura agotar toda duda e instaurar la convicción a través de una lógica difícilmente aceptable por la sociedad. “No solamente la anarquía de Sade es inconmensurable hasta con las magnitudes astronómicas; su propia concepción del hombre haría estallar la bóveda de todos los templos”³⁵.

Racional o irracional, a través de sus obras el marqués de Sade se coloca un paso por delante y consigue enfrentarse a una verdad tan sombría y enloquecedora que apenas nadie se atreve siquiera a rozar. Él avanza allí donde otros nos detenemos frente el vértigo de una nueva libertad de pensamiento que no conoce límites. Mientras otros damos tímidos rodeos y pasos en falso él se sumerge de lleno en el pletórico océano de la perversión.

Hoy, que el humanismo es usado para encubrir la inhumanidad de los hombres, que los derechos del hombre sirven para despreciar el derecho de gentes, que la razón finalmente se agota sin reconocer los monstruos que ha engendrado, ¿no estamos obligados a preguntarnos, mucho tiempo después de Sade, lo que este sigue sosteniendo?³⁶

Logra hacer consciente lo inconsciente, desterrar la bestia pulsional para integrarla con la tibia razón humana.

Así hay en nosotros una fulguración soberana, que consideramos generalmente como *lo más deseable*, que se oculta a la conciencia clara en que cada cosa nos es dada. De modo que la vida humana está hecha de dos partes heterogéneas que jamás se unen. La primera, sensata, cuyo sentido proporcionan los fines útiles y por ende subordinados: esta parte es la que se manifiesta a la conciencia. La otra es soberana: si llega la ocasión, se constituye aprovechando un desorden de la primera, y es oscura o, mejor dicho, si es clara, lo es cegándonos; así se oculta, de todos modos, a la conciencia.³⁷

³⁵ Heine, M., 1980, 17.

³⁶ Le Brun, 2008, 10.

³⁷ Bataille, 2013, 199.

De este modo, ante el legado sadiano ya nadie jamás podrá ignorar la maldad latente en todo hombre. Su enseñanza prepara el camino para el entendimiento y la aceptación de los más escandalosos impulsos criminales que existen en el corazón humano.

Quería sublevar la conciencia, hubiera querido también esclarecerla, pero no pudo a un tiempo sublevarla y esclarecerla. Sólo hoy entendemos que, sin la crueldad de Sade, no habiéramos alcanzado tan fácilmente este campo antaño inaccesible donde se disimulaban las más penosas verdades.³⁸

En efecto, lo que Sade quiere es justamente enfrentar la conciencia con aquello que con tanto fervor oculta, que es, a sus ojos, el más poderoso medio de provocar placer.

3.2. EVOLUCIÓN DEL PENSAMIENTO SADIANO.

El pensamiento de Sade va evolucionando a lo largo de un movimiento dialéctico cuyo punto central es siempre el cuestionamiento de toda construcción social, ya sea política, moral, religiosa o de otra índole.

Respecto al poder creador de la humanidad, en un primer momento defiende la idea de un Dios infernal que hace el Mal a la humanidad y que pide la misma moneda de cambio: exige el Mal. El libertino ha de desprenderse del engaño social de la supuesta virtud para aceptar a Dios con todos sus pecados y a su vez admitirse a sí mismo como vicioso, como obra de ese ser supremo de la maldad.

Si las desdichas que me agobian desde el día de mi nacimiento hasta el de mi muerte prueban su despreocupación hacía mí, puedo muy bien equivocarme acerca de lo que llamo mal. Lo que caracterizo así con respecto a mí es verosímilmente un gran bien para el ser que me puso en el mundo: y si recibo el mal de los demás, gozo del derecho de devolvérselo y de la facilidad de hacerlo el primero: a partir de aquí, el mal es un bien para mí como lo es para el autor de mis días con respecto a mi existencia: soy feliz por el mal que hago a los demás, como Dios es feliz por el que me hace...³⁹

³⁸ Bataille, 2013, 202.

³⁹ Sade, citado en Klossowski, 2005, 80.

En un segundo momento, Sade arremete contra la ley divina, entendida como invención humana que atenta contra la única ley válida: la de la Naturaleza. El libertino sadiano representa aquí un estado de espíritu intermedio entre el del hombre social y el del hombre ateo de la Naturaleza. No hay crimen posible porque el crimen es el espíritu de la naturaleza. Ella nos otorga tanto vicios como virtudes, y como criaturas suyas hemos de hacer uso de los dos.

En consecuencia, no me has prestado ningún servicio con la edificación de tu quimera, has turbado mi espíritu, pero no me has aclarado nada, y, en lugar de reconocimiento, sólo té debo rencor. Tu Dios es una máquina que has fabricado para servir a tus pasiones, y la haces funcionar a voluntad. Pero desde el momento en que esa máquina perturba mis pasiones, debes encontrar normal que la haya derribado. Y justamente en el momento en que mi alma débil tiene necesidad de calma y de filosofía, no vengas a espantarla con tus sofismas, que la asustarían sin convencerla y la irritarían sin mejorarla. Amigo mío, mi alma es lo que ha querido la naturaleza que sea, es decir, el producto de órganos que ella se ha complacido en brindarme, conforme a sus designios y necesidades; y como tiene idéntica necesidad de vicios y de virtudes, cuando ha deseado llevarme hacia los primeros, lo ha hecho, cuando ha querido las segundas, me ha inspirado los deseos consiguientes, y me he entregado a ellas sin reparos. En esas leyes de la naturaleza, que responden sólo a sus deseos y a sus necesidades, debes buscar la causa única de la inconsecuencia humana.⁴⁰

De este modo, Sade se enfrenta a la Naturaleza violenta y destructora de sus creaciones con la misma pasión e ira con que se enfrentó anteriormente a Dios, o incluso más. Le reprocha haberle creado a su imagen y semejanza, convirtiéndolo en un ser totalmente cruel y hostil que disfruta haciéndole el mal a sus semejantes.

(...) ya que el asco a la vida es tal en vuestra alma que no hay un solo hombre que quisiera comenzar de nuevo a vivir, si se lo ofrecieran el día de su muerte... sí, aborrezco la naturaleza: y porque la conozco bien la detesto: enterado de sus horribles secretos, me he replegado sobre mí mismo y he sentido... he experimentado una especie de placer al copiar sus atrocidades. Pues bien, ¿existe un ser más despreciable y odioso que el que me

⁴⁰ Sade, 1997, 28-29.

dio la vida sólo para hacerme encontrar placer en todo lo que daña a mis semejantes? ¡Y qué! apenas nací... apenas salí de la cuna de ese monstruo, me arrastra a los mismos horrores que los que la deleitan a ella. Aquí ya no se trata de corrupción... es inclinación, es tendencia. Su mano bárbara sólo sabe amasar el mal: así que el mal la divierte: ¡y yo debería amar a semejante madre! No, la imitaré, pero detestándola, la copiaré, si así lo quiere, pero sólo será maldiciéndola...⁴¹

Por último, Sade desvincula al hombre de la Naturaleza. La Naturaleza crea al ser humano con sus propias leyes humanas, y desde ese momento deja de tener control sobre él. En otras palabras, la naturaleza del hombre (naturaleza segunda) es distinta a la Naturaleza original (naturaleza primera), y por tanto las leyes que le son propias al ser humano no le son necesarias a la Naturaleza. Ya puede la humanidad duplicarse o extinguirse que a la Naturaleza le es indiferente, ya que existe independientemente de sus criaturas, existe sin principio ni fin, sin causa ni finalidad. Es más, piensa el marqués que multiplicándose el hombre atenta contra los fenómenos naturales, haciéndole competencia a la Naturaleza y a su poder de creación. Siendo así, destruyéndose a sí mismo la estaría incluso beneficiando y ayudando en sus propósitos.

¿Acaso no nos demuestra hasta qué punto nuestra multiplicación le es un estorbo... cuánto querría destruirla para liberarse? Las calamidades con que nos abruma incesantemente, las divisiones, las cizañas que siembra entre nosotros... esa inclinación al asesinato que nos inspira a cada momento, ¿no son acaso una prueba de ello? Las guerras, las hambrunas con que nos aplasta; las pestes que de cuando en cuando desata en el globo a fin de destruirnos; los criminales que nos prodiga, los Alejandro, Tamerlanes, Gengis, esos héroes que asolan la tierra; todo esto, insisto, ¿no es una prueba irrefutable de que todas nuestras leyes son contrarias a las suyas, y de que su única finalidad es destruirlas? Esos crímenes que nuestras leyes castigan con tanto rigor, esos crímenes que suponemos son el mayor ultraje que podamos hacerle, resulta que no sólo, como puedes ver, no le hacen ni pueden hacerle daño alguno, sino que son, de algún modo, útiles a sus fines; y esos crímenes que imita tan a menudo, podemos estar seguros de que lo hace sólo por deseo de aniquilar totalmente las criaturas que ella impulsa, a fin de poder gozar de esa facultad suya de dar impulso a otras. El mayor criminal de la tierra, el asesino más

⁴¹ Sade, citado en Klossowski, 2005, 85-86.

abominable, el más feroz y bárbaro es apenas un órgano de sus leyes... un móvil de sus voluntades y el agente más confiable de sus caprichos.⁴²

El pensamiento de Sade desemboca así en un principio básico: el de la liquidación de la especie humana. La idea del hombre cae en el infinito. Es la moral del movimiento perpetuo de la Naturaleza, donde todas las criaturas, incluidos los seres humanos, representan las fases cambiantes de ese movimiento eterno. La muerte y la descomposición de los cuerpos no son más que la puesta en marcha de la circulación de las sustancias necesarias para la incesante llegada al mundo de nuevos seres. La vida es sólo un instante, una transición.

Nada nace, nada perece esencialmente, todo es acción y reacción de la materia. Es el subir y bajar incesante de las olas del mar, en cuya masa de aguas no se produce pérdida ni incremento. Es un movimiento perpetuo que ha sido y será siempre, y sin saberlo somos sus principales agentes, debido a nuestros vicios y virtudes. Es una variación infinita: millares de porciones de diferentes materias bajo toda suerte de formas se destruyen y vuelven a aparecer bajo otras formas, para de nuevo perderse y aparecer.⁴³

Al final, tras hacer frente a todo poder superior posible, el héroe de Sade se alza como gran vencedor. Destruye al hombre, a Dios y a la Naturaleza para coronar la idea del Mal en estado puro.

El hombre integral, que se afirma completamente, es insensible. Ha comenzado por destruirse él mismo, en tanto que hombre, después en tanto que Dios, después en tanto que naturaleza, y así se ha convertido en el único. Ahora todo lo puede, pues la negación en él ha acabado con todo.⁴⁴

⁴² Sade, 1997, 151-152.

⁴³ *Ibíd.*, 157.

⁴⁴ Blanchot, 1990, 23.

3.3. DE UNA RELIGIÓN DEL MAL AL ATEÍSMO ÍNTEGRO.

En este examen sadista de las construcciones sociales la religión no iba a ser una excepción.

Acorde a su pensamiento, Sade aborrece a todos aquellos que agachan la cabeza ante un Dios que no existe. Frente los enigmas irresolubles de la Naturaleza el ser humano inventó un ser todopoderoso y omnipotente, origen de todo lo inexplicable. Con esta figura al frente la humanidad pudo calmar su angustia ante lo desconocido y garantizar un mundo ilusorio donde la paz y la justicia terminan siempre por instaurarse sobre los horrores y las penas. Sin embargo, poco a poco de esta comodidad que otorgaba el tener al fin respuesta para todo surgieron también la adoración, la sumisión y finalmente el temor.

Pero la naturaleza, me dirá usted, es inconcebible sin un Dios. ¡Claro, entiendo!; es decir que para explicarme lo que usted comprende bastante poco necesita de una causa de la cual no comprende nada en absoluto: usted pretende discernir lo que es oscuro aumentando el espesor de los velos; cree que rompe una atadura multiplicando las cadenas. Físicos crédulos y entusiastas, copien tratados de botánica para probarnos la existencia de Dios; den como Fénelon un detalle minucioso de las partes del hombre; arrójense por los aires para admirar el curso de los astros; maravíllense ante las mariposas, los insectos, los pólipos, los átomos organizados, en los que creen hallar la grandeza de su vano Dios: todas esas cosas, por más que ustedes lo digan, nunca demostrarán la existencia de ese ser absurdo e imaginario; solamente probarán que ustedes no tienen las ideas adecuadas sobre la inmensa variedad de materias y de efectos que pueden producir unas combinaciones diversificadas hasta lo infinito, cuyo conjunto es el universo.⁴⁵

La idea de Dios es para el marqués, de alguna forma, el gran pecado del hombre, la prueba irrefutable de su insignificancia. Al aceptar la anulación frente a Dios se justifica automáticamente el crimen, pues frente un dios todopoderoso el hombre corriente es reducido a la nada. La humanidad ha cavado su propia tumba al convertirse en creyente.

⁴⁵ Sade, en Le Brun, 2008, 72-73.

Pero ser ateo tampoco rescata al hombre de las ataduras de Dios y de la insignificancia. Para Sade, el ateísmo racional es en realidad un monoteísmo invertido. La relación negativa con Dios no es más que una forma indirecta de aceptar su existencia, pues quien profesa el ateísmo racional tiene por finalidad, a través de sus ofensas y delitos, provocar que el Dios ausente manifieste su existencia. El ateo actúa movido por el resentimiento y la resignación, y un verdadero libertino sadiano ha de obrar bajo la idea del mal y por ningún interés más.

Y es que no hay para el hombre peor enemigo que Dios. El verdadero ateísmo es aquél que supone el fin de la razón establecida: el ateísmo íntegro. Sade propone la primacía de lo imaginario sobre lo racional, pues la razón viene impuesta desde arriba, por los organismos de poder.

Paradójicamente, la necesidad de transgresión contradice el ateísmo íntegro de Sade porque su fin último, su sueño, su utopía del mal, se cumpliría precisamente si toda la humanidad se volviera perversa, o lo que es lo mismo, si ya no hubiera monstruos. “En una palabra: hay que hacer que el mal reine en el mundo para que se destruya a sí mismo y que el espíritu de Sade encuentre al fin su paz”⁴⁶. Pero como tal realidad es imposible, el ateísmo íntegro sólo puede tener lugar dentro de las condiciones del sadismo, pues son las normas y las instituciones existentes las que estructuran las perversiones y las posibilitan. Como muestra de ello Sade introduce a sus personajes en la vida cotidiana como símbolo de que la contrageneralidad existe de forma implícita dentro de la generalidad.

Por todo lo anterior Sade no concibe la perversión en el sentido patológico; sólo existe en el sentido moral, en el sentido de la liberación del hombre de las garras de la cultura. La perversión implica por ello la suspensión de las funciones vitales y sociales, ir contra natura y contra la sociedad. Persigue la expropiación del cuerpo propio y del cuerpo del otro puesto que representan órganos sociales inmersos en el lenguaje de las instituciones y el poder opresor. Liberarse del cuerpo es liberarse de la ley, y para conseguirlo el cuerpo subjetivo ha de ir desapareciendo en la medida en que la voz impersonal del Mal se alce en su lugar para romper con toda ilusión y superficialidad humanas. Sade invita a la humanidad a encontrarse con su inhumanidad.

⁴⁶ Klossowski, 2005, 53.

(...) Sade ya ha pasado del otro lado del orden humano, allí donde lo inhumano se desprende de la silueta humana, donde el objeto se libera del vestigio del sujeto, donde lo que somos se enfrenta a lo que creemos ser. A partir de entonces, para él se trata de salir al encuentro de nuestra inhumanidad, de la inhumanidad que sospechamos en el fondo de nosotros mismos y cuyo descubrimiento nos petrifica. Escandalosa piedra en el lugar del corazón, insoslayable piedra de escándalo, irrompible piedra de toque con que está construido el castillo de Silling^{47, 48}.

3.4. NIHILISMO MORAL.

Se desprende de lo expuesto hasta ahora que cada quien debe hacer lo que le plazca y cuando le plazca y no lo impuesto por la soberanía popular. La voluntad general se adjudica a sí misma todo derecho y poder, condena y desplaza a todo aquél que no se comporte bajo su normativa e ideología, y el ser humano aun encima se deja engañar y cae ingenuo en la trampa social.

Permite así a la masa mayoritaria, constituida en pueblo soberano, considerarse representante por sí sola de las razones de ser de toda la especie. La voluntad general reposa de este modo en ese malentendido, inherente a la ética, de que el individuo no podría por sí solo representar a la especie de una manera intrínseca; en el seno de esa voluntad general sólo cuenta aquel que, al reducirse él mismo a una reivindicación determinada, logra identificarse con otros individuos reducidos como él a esa reivindicación. La lógica ordena entonces retirar el derecho de existir a aquel que, al quedar fuera de la especie, es necesariamente un monstruo.⁴⁹

Sin Dios ni institución, sin ninguna naturaleza superior, el hombre puede ya y debe moverse por su propio interés. El más absoluto egoísmo será de ahora en adelante su única guía. Respetar al prójimo es absurdo, pues sólo conduce a la innecesaria subordinación de los unos con los otros, de igual manera que entablar lazos entre individuos orienta al hombre a coartar su propia emancipación.

⁴⁷ Escenario principal de la novela sadiana *Los 120 días de Sodoma*.

⁴⁸ Le Brun, 2008, 55.

⁴⁹ Klossowski, 2005, 131.

La verdad del erotismo es la traición.

El sistema de Sade es la forma ruinoso del erotismo. El aislamiento moral significa la abolición de los frenos: proporciona el significado profundo del gasto. Quien admite el valor del otro se limita necesariamente. El respeto por el otro le obnubila y le impide comprender el alcance de la única aspiración no subordinada al deseo de incrementar recursos morales o materiales. La ceguera debida al respeto es común: solemos contentarnos con rápidas incursiones en el mundo de las verdades sexuales, seguidas, el resto del tiempo, por la abierta denegación de esas verdades. La solidaridad hacia todos los demás impide que el hombre tenga una actitud soberana. El respeto del hombre por el hombre nos introduce en un ciclo de servidumbre donde ya no tenemos sino momentos de subordinación, donde finalmente faltamos al respeto que es el fundamento de nuestra actitud, puesto que en general privamos al hombre de sus momentos de soberanía.⁵⁰

Para Sade todas las personas somos iguales por naturaleza, ninguna vale más que otra y todas somos intercambiables. La naturaleza nos hace nacer solos y bien podríamos crecer y subsistir solos porque no existe relación natural alguna entre un hombre y otro; somos nosotros quienes nos creamos la necesidad de establecer vínculos inútiles y nos atamos a ellos como esclavos. Por tanto, toda persona tiene pleno derecho de no sacrificarse por la conservación de los otros, incluso si su felicidad conlleva la ruina de los demás. Nadie ha de privarse de satisfacer uno sólo de sus deseos por un otro que nada tiene que ver con él.

Las falsas ideas que tenemos sobre las criaturas que nos rodean siguen siendo la fuente de una infinidad de juicios erróneos sobre la moral: nos forjaremos deberes quiméricos hacia esas criaturas; y eso porque ellas creen tenerlos hacia nosotros. Tengamos la fuerza de renunciar a lo que esperamos de los demás y nuestros deberes hacia ellos terminarán en seguida. ¿Qué son, pregunto, todas las criaturas de la tierra frente a uno solo de nuestros deseos? ¿Y por qué razón me privaría del más insignificante de esos deseos para complacer a una criatura que no es nada para mí y que en nada me interesa...?⁵¹

⁵⁰ Bataille, 2013, 176-177.

⁵¹ Sade, citado en Klossowski, 2005, 96-97.

Así pues, la filosofía de Sade es la filosofía del interés y del placer, cuyo principio fundamental es que nos entreguemos a todos aquellos que nos desean y tomar a todos aquellos a quienes deseamos.

El mayor dolor de los demás cuenta siempre menos que mi placer. Qué importa, si yo debo comprar el más débil regocijo a cambio de un conjunto de desastres, pues el goce me halaga, está en mí, pero el efecto del crimen no me alcanza, está fuera de mí.⁵²

De este egoísmo íntegro no es salvable ni siquiera la figura de la madre, o quizá ella menos que nadie (como veremos más adelante), a quien no se debe ni gratitud ni reconocimiento, absolutamente nada. Para Sade engendrar un hijo es un acto totalmente egoísta, que si bien es disimulado, busca finalmente el placer de uno mismo. La madre, bajo la aparente generosidad de traer vida al mundo y ofrecerle cuanto posee, cubre en realidad la necesidad de tapar un vacío propio. El hijo nada ha tenido que ver en la decisión de ser concebido ni tampoco en su educación y cuidados.

(...) el ser al que yo ataco es el ser que me ha llevado en su seno. ¿Y qué?, ¿acaso esa vana consideración podría detenerme?, ¿qué título tiene para lograrlo? ¿Pensaba en mí esa madre cuando su lascivia le hizo concebir el feto del que he salido? ¿Puedo deberle agradecimiento por haberse ocupado de su placer? (...) Si nuestra madre procedió bien con nosotros cuando éramos capaces de disfrutarlo, podemos amarla, tal vez debamos hacerlo... si sólo tuvo malos procederes encadenados por alguna ley de la naturaleza, no sólo no le debemos nada, sino que todo nos lleva a deshacernos de ella, por esa fuerza poderosa del egoísmo que induce natural e invenciblemente al hombre a deshacerse de todo aquello que le perjudica.⁵³

Rechazado todo cuanto nos une los unos con los otros se suprime no solamente la conciencia del prójimo, sino también la conciencia de sí mismo.

De ello resulta que si el otro no es *nada* para mí, no solamente no soy ya *nada* para él, sino *nada* tampoco en relación con mi propia conciencia y todavía es preciso saber que

⁵² Blanchot, 1990, 3.

⁵³ Sade, citado en Klossowski, 2005, 136.

esa conciencia siga siendo mía. Pues si rompo con el prójimo en el plano moral, habré roto en el plano de la existencia misma con mi propiedad: a cada instante puedo caer a merced del otro, que haría la misma declaración.⁵⁴

La última consecuencia del hilo de su pensamiento es por tanto el nihilismo moral, la supresión de la conciencia de sí mismo y del prójimo en el plano de los actos. Sade no se conforma con cuestionar la existencia de un Dios, garantía del yo responsable, sino que interroga también el principio normativo de la individuación.

3.5. PODER Y CRIMEN.

En un mundo de igualdad el poder no está predestinado en manos de nadie; ha de conquistarse. Por supuesto, hay quienes tienen facilidad desde la cuna al nacer en familias con posiciones privilegiadas, pero eso no significa que estos individuos no puedan caer y que los que nacen en la miseria no puedan emerger. Y para alcanzar el poder hay que empezar por superar los prejuicios que encadenan el mundo: hay que cometer el crimen.

El libertino sadiano no teme al castigo divino porque es ateo, no existe para él la amenaza de Dios, sólo su egoísmo y placer. Se eleva como hombre soberano sobre las cabezas de los demás, sin posibilidad alguna de ser víctima, pues al hombre vinculado al mal nunca puede sucederle algo malo. “Para Sade, el hombre soberano es inaccesible al mal porque nadie puede hacerle mal; es el hombre de todas las pasiones y sus pasiones se complacen en todo”⁵⁵. Autor o receptor de los males, siempre goza; sólo importa que la violencia sea tan extrema que burle todos los límites posibles. Violar, torturar, amputar, desollar,... Ser violado, ser torturado, ser amputado, ser desollado,... El soberano absoluto ha de probarlo todo para no estar subordinado a nada. Padeecer la desgracia y vivenciar el placer no son ya contrarios.

Así es el mundo: algunos seres que se han elevado a lo más alto y alrededor de ellos, infinitamente, una polvareda sin nombre y sin número de individuos que no tienen ni

⁵⁴ Klossowski, 2005, 97.

⁵⁵ Blanchot, 1990, 10.

derecho ni poder. Veamos en qué se convierte la regla del egoísmo absoluto. Yo hago lo que me place, dice el héroe de Sade, sólo conozco mi placer y, para asegurarlo, torturo y mato. Vosotros me amenazáis con una suerte parecida para el día en que encontraré alguien cuya felicidad será torturarme y matarme. Pero yo he adquirido precisamente el poder para elevarme por encima de esta amenaza.⁵⁶

Leyendo las novelas de Sade cabe pensar que sus héroes se alían entre ellos y mantienen relaciones entre iguales, pero entre los cómplices siempre acecha silenciosa la traición y se desvela que su acuerdo obedece a una suerte de reglamento entre compañeros de juego con demasiado anhelo por hacer trampas. El juramento establecido entre ellos no es más que una excusa para tener el placer de romperlo, para multiplicar las posibilidades del goce.

Ni tan siquiera depende el libertino sadiano de sus súbditos como lo hace un rey; su poder no es limitado por lealtad ninguna. No obstante, el héroe sadiano, “libre ante los demás, no deja de ser víctima de su propia soberanía”⁵⁷. Se encuentra esclavizado por la más absoluta voluptuosidad y ya nunca más podrá conformarse con goces menores. Sade nos habla de una violencia tan cruel que para alcanzar su culminación no importa ya el placer personal; sólo importa el crimen. Así, aunque la negación del otro conduzca aparentemente a la afirmación del sí mismo, en realidad este carácter ilimitado lleva al extremo de lo posible, más allá del goce subjetivo. Es el imperio del egoísmo impersonal donde no hay cabida para el yo individual.

En la violencia de este movimiento, el goce personal ya no cuenta, sólo cuenta el crimen y no importa ser su víctima; sólo importa que el crimen alcance la cima del crimen. Esta exigencia es exterior al individuo o al menos coloca por encima del individuo el movimiento que él mismo desencadenó, que se separa de él y lo supera. Sade no puede dejar de poner en juego, más allá del egoísmo personal, un egoísmo de algún modo impersonal.⁵⁸

⁵⁶ Blanchot, 1990, 6.

⁵⁷ Bataille, 2013, 180.

⁵⁸ Bataille, 2013, 180.

En consecuencia, el ateísmo de Sade es la religión de la monstruosidad. El rechazo de la existencia de Dios no trae consigo la felicidad para el ser humano, sino la tragedia. Ni siquiera defiende Sade la soberanía del hombre, sino la destrucción de la humanidad a través de la desintegración de las normas de la razón popular.

3.6. DESTRUCCIÓN Y NEGACIÓN.

En el pensamiento sadista se trata de negar al prójimo para descubrir la verdadera cara del erotismo. La sexualidad del hombre íntegro no complementa la sexualidad del prójimo, sino que se contrapone a ella e incluso la anula. Sólo de esta forma el erotismo obedece a su naturaleza violenta y mortífera.

La satisfacción sexual acorde al deseo de todos no es la que Sade puede desear para los fines de sus personajes soñados. La sexualidad en la que piensa se contrapone incluso a los deseos de los demás (de casi todos los demás), que no pueden ser sus protagonistas, sino sus víctimas. Sade propugna la unicidad de sus héroes. La negación de los otros protagonistas es, según él, la pieza fundamental del sistema. A sus ojos, el erotismo, si lleva al acuerdo, desmiente el movimiento de violencia y de muerte que en principio es. En lo profundo, la unión sexual está implicada en un punto medio entre la vida y la muerte: sólo con la condición de romper una comunión que le limita, el erotismo revela por fin la violencia que en verdad es, y cuya realización es lo único que responde a la imagen soberana del hombre. Sólo la voracidad de un perro feroz llevaría a cabo la furia de aquel al que nada limitase.⁵⁹

Sin embargo, no sólo la unión sexual une a las personas; también lo hace la muerte. Por ello el héroe de Sade ha de matar sin horizontes, porque cuando las víctimas se cuentan por millares el hombre se libera de toda relación que pueda encadenarlo a otros seres. Se vuelve amo y señor de todo.

El criminal se une posiblemente de manera indisoluble con aquel a quien asesina. Pero el libertino que, inmolando a su víctima no resiente sino la necesidad de sacrificar a otras miles, parece extrañamente libre de toda unión con ella. A sus ojos, ella no existe en sí

⁵⁹ Bataille, 2013, 173.

misma, no es un ser distinto, sino un simple elemento, indefinidamente sustituible, en una inmensa ecuación erótica.⁶⁰

Como hombre soberano Sade todo lo quiere destruir, “no hay nada respetado que él no ridiculice, nada puro que no mancille, nada amable que no colme de horrores”⁶¹. Los cuerpos se entrelazan, se separan, se funden y se deshacen al igual que las palabras del discurso sadiano. Todo es llevado a su ebullición y evaporación una y otra vez, sin descanso, hasta el infinito.

Sade retiene sólo las realidades malas, suprimiendo su carácter temporal: de esta manera, en efecto, el mal llena por sí solo cada instante de la vida social y destruye un instante con el otro. Nacida del hastío y de la desgana de Sade, la utopía de la sociedad en estado de criminalidad permanente, si fuese tomada al pie de la letra, y si a los ideólogos del mal se les ocurriese ponerla en práctica, naufragaría infaliblemente en la desgana y el tedio y contra la desgana y el tedio no puede haber otro remedio que una sobrepuja de nuevos crímenes *ad infinitum*.⁶²

Y es que la esencia del pensamiento de Sade es destruirlo absolutamente todo, inclusive a sí mismo, puesto que no se limita a refutar en sus escritos la existencia de Dios, sino que piensa, actúa, vive y muere en consecuencia.

Al excluirse de la humanidad, Sade no tuvo en su larga vida más que una ocupación que decididamente le interesó: enumerar hasta el agotamiento las posibilidades de destruir seres humanos, destruirlas y gozar con el pensamiento de su muerte y sus sufrimientos. (...) Sólo la enumeración interminable, aburrida, tenía la virtud de extender ante él el vacío, el desierto, al que aspiraba su rabia.⁶³

Es la destrucción de los objetos lo que despierta la vida en el personaje sadista, hasta el punto de que su aniquilación no admite siquiera su existencia anterior, sino que desde

⁶⁰ Blanchot, 1990, 14.

⁶¹ Bataille, 2000, 173.

⁶² Klossowski, 2005, 65-66.

⁶³ Bataille, 2000, 163.

el inicio son considerados objetos nulos. El hombre soberano ha de perseguir el desbordamiento de la negación y avergonzarse de los pequeños y escasos crímenes.

Dado que la felicidad no consiste en el goce sino en el deseo de romper los frenos que se oponen al deseo, no es en la presencia, sino en la espera de los objetos ausentes donde se gozará de esos objetos, es decir, que se gozará de su presencia real al destruirlos (asesinatos de depravación) o, si decepcionan y parecen negarse a la presencia (resistiéndose a lo que se querría hacerles sufrir), se los maltratará para hacerlos a la vez presentes y destruidos.⁶⁴

Esta concepción recuerda al deseo freudiano, deseo eternamente insatisfecho que en todo momento quiere para sí lo que no tiene, y que si llegara a obtenerlo, lo despreciaría en cierta medida con total frustración para reiniciar su travesía y conquista hacia nuevos objetos.

Para Sade incluso el alma debe ser aniquilada. El ensañamiento y encarnizamiento continuos contra las víctimas nos revelan la insaciabilidad del alma, muestra de su inmortalidad. Y a falta de poder asesinar el alma, Sade recurre al simulacro de la muerte del alma que es el suicidio en sus personajes; asesina el cuerpo porque no alcanza a destruir el alma. “Pues en su tedio el alma trata de darse muerte: separada de Dios, su inmortalidad se ha trocado en amargura”⁶⁵. Sade se entrega a la búsqueda de la negación y del olvido.

Mediante esta reiteración frenética de crímenes Sade tantea la vía para alcanzar la negación absoluta que es el delirio de su razón.

3.7. SODOMÍA.

De igual forma que no hay que confundir al ateo íntegro con el ateo común tampoco hay que confundir al libertino sadiano con el libertino común. Mientras que el segundo goza de plena libertad de acto, el primero está, como ya mencionados anteriormente, doblegado por su inmensa voluptuosidad y su fantasía irrealizable. “El perverso

⁶⁴ Klossowski, 2005, 126.

⁶⁵ Klossowski, 2005, 120.

persigue la *ejecución de un gesto único*; es cosa de *un instante*. La existencia del perverso se convierte en la perpetua espera del *instante en que poder ejecutar ese gesto*⁶⁶. Es la repetición en busca de la perfección.

En medio de esta espera la sodomía es el gesto perverso por excelencia, pues ella misma representa una paradoja: únicamente puede ser concebida (y ser transgredida) por la existencia de las normas institucionales. El acto sodomita es, por ello, símbolo de un doble sentido: rechazo y agresión hacia la vida.

(...) la sodomía se pronuncia por un gesto específico de contrageneralidad, el más altamente significativo a los ojos de Sade: aquel que afecta precisamente a la ley de propagación de la especie y que *atestigua así la muerte de la especie en un individuo*. No sólo de una actitud de rechazo, sino también de agresión: al mismo tiempo que es el *simulacro* del acto de generación, es su *irrisión*.⁶⁷

La sodomía es por tanto testimonio del ateísmo íntegro por ser una sublevación contra las normas heredadas del monoteísmo. La perversión se proyecta así al campo del pensamiento, dejando de ser una simple patología mental y comportamental para nacer como doctrina.

3.8. LA DOCTRINA DE LA APATÍA.

Sade brinda sus enseñanzas a aquél digno de ser su discípulo. Para ello, mediante sus obras introduce al lector en una iniciación progresiva que culmina en la práctica de una ascesis: la de la apatía.

Las instituciones nos intimidan y nos controlan mediante imágenes, algunas previas a los actos para incitarnos a actuar o a detenernos, y otras posteriores a los actos cometidos u omitidos que nos inculcan culpa y remordimiento y nos influirán en futuras decisiones. Debemos combatir y escapar a estas imágenes de sensibilidad, asco, miedo y horror. Sade propone como solución sustituir dichas imágenes por actos.

⁶⁶ Klossowski, 2005, 26.

⁶⁷ Klossowski, 2005, 28.

Extingue tu alma... trata de encontrar placeres en todo aquello que alarma tu corazón: no bien alcanzada... la perfección de ese estoicismo, sentirás nacer en esa apatía una multitud de placeres nuevos, mucho más deliciosos que los que crees encontrar en la fuente de tu funesta sensibilidad... ¿Crees que yo no tenía un corazón como el tuyo en mi infancia? Pero he comprimido su órgano y en esa dureza voluptuosa he descubierto el foco de una multitud de extravíos y de voluptuosidades que valen más que mis debilidades... de mis errores he hecho principios: y desde ese mismo momento he conocido la felicidad.⁶⁸

Los placeres encontrados en este rechazo de las imágenes sociales son incluso mayores al orgasmo, un goce inútil que hay que refrenar porque rebaja el éxtasis del pensamiento, de igual modo que hemos de controlar la expresión de cualquier otra pasión. Dejarnos arrastrar por nuestras inclinaciones no haría más que arruinar la obtención del goce supremo.

Es necesario entender, en efecto, que la apatía no consiste sólo en arruinar las pasiones “parasitarias”, sino también en oponerse a la espontaneidad de cualquier pasión. El vicioso que se abandona inmediatamente a su vicio, no es sino un aborto que se perderá. Incluso los pervertidos con genio, perfectamente dotados para llegar a ser monstruos, si se contentan con seguir sus inclinaciones, están destinados a la catástrofe. Sade lo exige: para que la pasión se convierta en energía, es necesario que esté comprimida, es necesario que se mediatice pasando por un momento necesario de insensibilidad; entonces, tendrá la mayor grandeza posible.⁶⁹

Hay que vigilar también que no asome en ningún momento la virtud, o se echará a perder todo el poder alcanzado. De lo que se trata es de matar cada ápice de sensibilidad humana.

Por el contrario, si en ese estado de aniquilamiento en el cual no siente hacia los peores excesos sino una repugnancia sin gusto, encuentra un último excedente de fuerza para aumentar esta insensibilidad inventando nuevos excesos que le repugnan aún más, entonces pasará del aniquilamiento a la omnipotencia, del endurecimiento a la voluntad

⁶⁸ Sade, citado en Klossowski, 2005, 99.

⁶⁹ Blanchot, 1990, 24.

más extrema y “agitado por todas partes”, gozará soberanamente de sí mismo más allá de todos los límites.⁷⁰

Ante esta apología del acto y la abundancia, recordemos que justamente Freud propone que la neurosis es la contrapartida de la perversión, es decir, que mientras que el neurótico reprime, el perverso actúa.

Es clásico el aforismo freudiano: “la neurosis es el negativo de la perversión”. Negativo en el sentido de no visible, de algo que está ahí y que se haría visible si la neurosis se positivizara, al modo de una placa o un cliché fotográfico. De este modo, la neurosis es una perversión no manifiesta, no activa.⁷¹

Un sujeto neurótico (normal) ha internalizado las reglas de la moral que lo rodea y con ellas ha levantado los muros con los cuales canalizar sus pulsiones; reprime los impulsos del ello en detrimento de una mayor adaptación a la realidad. Por el contrario, el sujeto perverso, expuesto prematuramente a estímulos sexuales, no posee, al menos de una forma tan eficaz, un sostén para sus energías pulsionales, las cuales se desparraman, saliéndose de la imagen mental para convertirse en realidad, pasando del pensamiento al acto.

Volviendo a las enseñanzas de Sade, nos advierte que para mantener al monstruo dentro de la monstruosidad hay que mantenerlo fuera de la conciencia, en una transgresión permanente, para que las imágenes sociales no reaparezcan jamás, para que la nada no sea de nuevo invadida por la realidad del otro y la del yo. El monstruo debe permanecer en la apatía absoluta, es decir, en la reiteración de los actos criminales, cada cual más espantoso que el anterior. Es tras este fondo de tinieblas donde el libertino disfrutará de los más sublimes goces.

Todos aquellos grandes libertinos, que no viven más que para el placer, sólo son grandes porque han aniquilado en sí toda capacidad de placer. Por eso se entregan a espantosas anomalías; en caso contrario la mediocridad de las voluptuosidades normales les bastaría. Pero se han hecho insensibles: pretenden gozar de su insensibilidad, de esa

⁷⁰ Blanchot, 1990, 25.

⁷¹ Castilla del Pino, 1973, 47.

sensibilidad negada, anonadada, y se vuelven feroces. La crueldad no es más que la negación de uno mismo, llevada tan lejos que se transforma en explosión destructora; la insensibilidad, dice Sade, se vuelve estremecimiento de todo el ser: “El alma llega a una especie de apatía que se metamorfosea en placeres mil veces más divinos que los que les procuraban las debilidades”.⁷²

Pero no todo es goce absoluto para el monstruo, sino que vive torturado por una maldición, por su némesis: la virgen, encarnación de la pureza y de la virtud. La imposibilidad de su posesión lleva a la virilidad a la exasperación, y con ello a la destrucción, porque ante este resentimiento del objeto perdido para siempre el héroe de Sade ha de buscar una compensación que no es otro que el ejercicio de la crueldad.

Toda la obra de Sade parece un único grito desesperado lanzado a la imagen de la virginidad inaccesible, grito envuelto y como engarzado en un cántico de blasfemias. *Estoy excluido de la pureza, porque quiero poseer a aquella que es pura. No puedo no desear la pureza, pero al mismo tiempo soy impuro porque quiero gozar de la ingozable pureza.*⁷³

La exasperación se erige de este modo como función del alma sadista.

Pero el alma soñadora de Sade, que está privada materialmente por una coacción quizá tanto interior como exterior de la ejecución de lo que sueña, sólo conoce el tiempo que experimenta como una duración intolerable de sí misma: sufre por su ser en potencia como si no cesara de salir de la nada sin alcanzar jamás el ser: *Existo para no existir.*⁷⁴

⁷² Bataille, 2013, 178-179.

⁷³ Klossowski, 2005, 111.

⁷⁴ Klossowski, 2005, 124.

4. SADISMO Y MASOQUISMO: SADE Y MASOCH.

4.1. PROCEDENCIA TERMINOLÓGICA.

Normalmente son los médicos quienes otorgan sus nombres a las enfermedades que investigan. Ejemplos de ello son la enfermedad de Crohn, el Parkinson y el Alzheimer. Pero las figuras de Leopold von Sacher-Masoch y sobre todo el marqués de Sade se hicieron escuchar hasta el punto de convertirse sus apellidos en las denominaciones de las patologías que designan. Incluso hay quienes consideran *Los ciento veinte días de Sodoma* como el primer compendio de desórdenes sexuales, anticipándose un siglo a los psiquiatras Freud, Krafft-Ebing y Havelock Ellis. Si bien nadie niega la exactitud y amplitud de dicho catálogo sexual difiere por completo de los manuales clínicos, primero porque no conserva la distancia científica, y segundo porque nos perturba profundamente con su maldad.

Si bien los especialistas reconocen la exactitud casi clínica de su cuadro de las pasiones, Sade no se atiene en él, ni se acerca, a la estricta objetividad científica: sin discusión, unos personajes llenos de maldad, un decorado que pervierte el espacio como máquina de placer, unos comentarios voluntariamente escandalosos hacen que el proyecto se deslice hacia la ficción.⁷⁵

De Sacher-Masoch derivó el término de “masoquismo” acuñado por Krafft-Ebing para referirse a “una curiosa perversión de la vida sexual que consiste en desear verse completamente dominado por una persona del sexo opuesto, soportando de ésta un trato autoritario y humillante, y que puede alcanzar incluso al castigo efectivo”⁷⁶. A partir de esta definición la primacía en el masoquismo no es sentir placer en el dolor como piensan algunos, sino la sumisión y la humillación. Por otro lado, también a manos de Krafft-Ebing, el término “sadismo” fue tomado del marqués de Sade para designar la perversión sexual mediante la cual la propia excitación es provocada cometiendo actos de crueldad en otra persona.

⁷⁵ Le Brun, 2008, 39.

⁷⁶ Krafft-Ebing, citado en Castilla del Pino, 1973, 10.

4.2. OBSCENIDAD Y DECENCIA.

Aunque pensar en sadismo nos lleva a pensar en un amo cruel, el lenguaje de Sade es paradójico porque es el lenguaje de una víctima. Los verdugos emplean el lenguaje hipócrita del orden y el poder establecidos en busca de motivos que excusen la realización de sus atrocidades; Sade no busca que lo eximan de culpa alguna. Es más, sólo las víctimas pueden describir las torturas con la minuciosidad con la que lo hace él. Esta contrariedad bien podría explicarse, como veremos más adelante, por el masoquismo existente en todo sadismo.

Es el lenguaje de Sade también un lenguaje que desmiente la relación del que habla con aquellos a quienes se dirige, pues no tiene intención de persuadir o convencer al otro, sino de demostrar, y no sólo en la teoría, sino también en la práctica a través de los imperativos pronunciados por los libertinos de sus novelas, libertinos que profesan el más íntegro ateísmo y la más radical anarquía.

En este punto se diferencia el libertino sadiano del perverso freudiano, pues bajo la concepción de Sade “el verdadero ateo, en la medida en que realmente exista, no se ata a ningún objeto: obedece a sus impulsos, al movimiento perpetuo de la naturaleza cuyas criaturas sólo son espuma para él”⁷⁷, mientras que para Freud sí existe cierta relación de dependencia del perverso con su víctima:

En este estado, la conciencia queda fijada a la realidad del prójimo que ella aspira a negar, pero que sólo intensifica por el amor-odio que le confiesa: el depravado permanece atado a la víctima de su lujuria, a la individualidad de esa víctima cuyos sufrimientos quisiera prolongar “*más allá de los límites de la eternidad, si pudiera tenerlos*”⁷⁸.

Si del lado del sádico nos encontramos con una intención demostrativa, del lado del masoquista acontece justamente lo contrario:

⁷⁷ Klossowski, 2005, 82.

⁷⁸ Klossowski, 2005, 82.

El héroe masoquista parece educado y formado por la mujer autoritaria, pero en lo más profundo es él quien la forma y la disfraz, y le sopla las duras palabras que ella le dirige. La víctima habla a través de su verdugo, sin reservas⁷⁹.

Y es que el lenguaje de Masoch no tiene nada que ver con la obscenidad y la provocación de Sade. “Pero, negras o rosas, las descripciones llevan siempre el sello de la decencia⁸⁰”. Cumple, no una función demostrativa, sino dialéctica. El lenguaje de Masoch apela a la persuasión y a la educación. El personaje masoquista es una víctima en busca de su verdugo, de crear una alianza con él y educarlo. Por ello los anuncios clasificados forman parte del mundo masoquista al igual que los contratos.

Por supuesto, esta relación de educación posee los mismos riesgos que cualquier otra empresa similar: la del fracaso inherente a todo proyecto pedagógico. En todas las novelas de Sacher-Masoch la mujer persuadida conserva una última duda: si podrá o no sostener el rol acordado, pecando en exceso o en defecto. Dice Wanda en *La Venus de las pieles*: “Tengo miedo de no poderlo hacer; pero lo ensayaré por ti, bien mío, a quien amo como nunca amé a ninguno”⁸¹, pero también: “cuidado, que puedo aficionarme”.

Así, bajo la aparente opresión ejercida sobre el masoquista hay en realidad consentimiento e incluso persuasión de la víctima sobre su amo.

Se suscribe, pues, un contrato con la mujer-verdugo, renovando aquella idea de los antiguos juristas según la cual hasta la esclavitud descansa sobre un pacto. En apariencia, lo que obliga al masoquista son los hierros y las correas, pero, en rigor, sólo lo obliga su palabra.⁸²

Severino, desde su posición de esclavo, va moldeando de poco en poco a Wanda para que encaje con su ideal de mujer tirana. Ahora bien, nadie intenta establecer un determinado tipo de relación si de forma inconsciente no percibe la posibilidad de la misma en el objeto. De lo que se trata es de hacer que la sádica Wanda se descubra como tal y actúe como tal.

⁷⁹ Deleuze, 2008, 27.

⁸⁰ Deleuze, 2008, 29.

⁸¹ Sacher-Masoch, 1973, 122.

⁸² Deleuze, 2008, 79.

El psicoanálisis defiende una idea similar: es en realidad el masoquista quien domina el juego erótico mediante su moldeamiento. Sádico y masoquista se necesitan y se agreden mutuamente.

Pero también en el objeto poseído queda ostensible, aunque más disimuladamente, el componente agresivo, bien mediante la tolerancia de la agresión del otro y la subsiguiente fijación de la dependencia; bien a través de una agresión secundaria, una vez que el objeto poseído se sabe de alguna manera dueño indirecto del poseedor.⁸³

Con fines tan distintos encontramos también formas distintas de expresión entre un autor y otro. El discurso de Sade sugiere spinozismo, naturalismo y mecanicismo penetrados de espíritu matemático. Es un lenguaje delirante cuyas descripciones se empapan de compulsión y repetición de actos criminales, crueles y repugnantes, que se suman y se amontonan hasta el caos y la más pura negación. Así pues, los héroes sádicos sueñan con un crimen universal e impersonal que sólo pueden alcanzar mediante la omnipotencia del pensamiento bajo la ideal del Mal, y bajo este ideal demasiado perfecto se frustran ante la pobreza de sus crímenes reales, por más que multipliquen las víctimas y los dolores. “Para el libertino se trata, pues, de cegar la distancia entre los dos elementos, aquel del que dispone y aquel que él piensa, lo derivado y lo original, lo personal y lo impersonal⁸⁴”. Sin embargo, frente este desenfreno y aceleración sin igual no hay atisbo de entusiasmo como en el caso del pornógrafo, apasionado tras el objetivo de la cámara. Únicamente hay cabida para la apatía y la sangre fría, la monotonía y la condensación de las aberraciones, donde la minuciosidad cuantitativa y cualitativa de las descripciones es imprescindible. Hay que evitar a toda costa que la violencia se disipe entre una inspiración y otra, desligarla incluso de los placeres a los cuales quedaría uno sometido si cae en el error de detenerse en su carrera criminal. Sólo así el libertino consigue negar la naturaleza que hay dentro y fuera de él, a negar su propio yo. Es el placer de la demostración.

Por el contrario, el discurso de Masoch está impregnado de imaginación dialéctica y platonismo en el sentido de una búsqueda de la ascensión hacia lo inteligible, la

⁸³ Castilla del Pino, 1973, 64.

⁸⁴ Deleuze, 2008, 31-32.

ascensión de la obra de arte a las Ideas a través de los latigazos. El proceso sustentador de toda su obra y pensamiento es el suspenso.

No es exagerado decir que fue Masoch quien introdujo el arte del suspenso en la novela como mecanismo novelesco en estado puro: no sólo porque los ritos masoquistas de suplicio y sufrimiento entrañan auténticas suspensiones físicas (el héroe será enganchado, crucificado, colgado), sino también porque la mujer-verdugo adopta poses fijas que la equiparan a una estatua, un retrato o una fotografía. Porque ella suspende el ademán de descargar el látigo o de entreabrir sus pieles. Porque ella se refleja en un espejo que congela su pose.⁸⁵

En resumen, nada tiene que ver el lenguaje de Sade con el de Masoch. El lenguaje sádico es encarnado por el personaje del libertino apático y cruel quien, a través de su ateísmo y anarquismo, posee cuanto quiere y cuando quiere. Por el contrario, el lenguaje de Masoch es el de una secta mística donde el esclavo educa a su mujer déspota dentro de su frío pacto erótico. Aunque algo tienen en común, ambos lenguajes convergen en el mismo punto: tanto el uno como el otro reflejan un mundo de excesos, el mundo pulsional del goce.

4.3. LUCES, SOMBRAS Y CLAROSCUROS.

Masoch funda la doctrina del suprasensualismo a través del cual busca una sensualidad transmutada. “Todo el animal sufre cuando sus órganos dejan de ser animales: Masoch pretende vivir el sufrimiento de una transmutación semejante”⁸⁶. Por eso en sus novelas el amor encuentra su objeto en la mujer dentro de la obra de arte: una fría estatua de piedra o un cuadro en la sombra, siempre imágenes congeladas. “Las escenas masoquistas necesitan petrificarse como esculturas o cuadros, duplicar ellas mismas las esculturas y los cuadros, desdoblarse en un espejo o en un reflejo (Severino sorprendiendo su imagen...)⁸⁷. Para Masoch sólo las obras de arte hacen justicia a la sensualidad porque la aternizan congelando un gesto: esa fusta que apenas roza la piel,

⁸⁵ Deleuze, 2008, 37-38.

⁸⁶ Deleuze, 2008, 73.

⁸⁷ Deleuze, 2008, 73.

las ropas que no se abren del todo, el cuerpo suspendido en el aire para siempre,...“(…) como si el pintor hubiese renunciado al movimiento tan sólo para expresar una espera más profunda, más próxima a las fuentes de la vida y de la muerte”⁸⁸. Masoch pretende elevar el erotismo a la categoría de arte, y para ello predomina el suspenso y la espera.

En oposición, el libertino de Sade no muestra gusto alguno por el arte, pues la sensualidad para él es movimiento y no quietud.

¡Ah, se hubiese necesitado un grabador que transmitiera a la posteridad este cuadro divino y voluptuoso! Pero la lujuria, que corona demasiado rápidamente a nuestros actores, tal vez no hubiese dado al artista el tiempo de captarlos. No le es fácil al arte, carente de movimiento, realizar una acción cuya alma es toda movimiento”.⁸⁹

La lujuria sólo puede ser plasmada mediante la reiteración de las escenas, la precipitación, la multiplicación de cada una y su condensación hasta el infinito, hasta la pérdida total de la cordura. El placer real se encuentra en el vértigo de la velocidad y la cantidad, en la suma de los cuerpos aniquilados y en el número de humillaciones infringidas. Sangre, repugnancia y voluptuosidad mezclados con un fin muy claro: la destrucción y negación de todo cuanto existe.

En suma, la repetición sádica se tiñe de luces y sombras evocando la aceleración y la condensación propias de su naturaleza cruel, mientras que la repetición masoquista prefiere la atmósfera sugestiva y decente del claroscuro, tras la cual toda obscenidad es denegada y queda el juego en suspenso.

4.4. INSTITUCIÓN Y CONTRATO.

Masoch, fiel al pensamiento platónico, busca pasar de la naturaleza grosera y terrenal a la gran Naturaleza, sentimental y reflexiva, a través de la obra de arte y de la relación contractual. Sade también ambiciona pasar de una naturaleza segunda a una primera, pero entiende la gran Naturaleza originaria como aquella inmersa en el movimiento

⁸⁸ Deleuze, 2008, 74.

⁸⁹ Deleuze, 2008, 73.

eterno, sólo alcanzable a través de instituciones de movimiento perpetuo. Es bien conocida la diferenciación jurídica entre el contrato y la institución:

(...) el contrato supone por principio la voluntad de los contratantes, define entre ellos un sistema de derechos y deberes, no puede oponerse a terceros y su validez es de duración limitada; la institución define en general un estatuto de larga duración, involuntario e intransferible, estatuto constitutivo de un poder, de una potencia y cuyo efecto puede oponerse a terceros.⁹⁰

Aunque es más importante todavía su distinción en cuanto a la ley:

(...) el contrato es verdaderamente generador de una ley, aun si esta última desborda y desmiente las condiciones que le dieron nacimiento; por el contrario, la institución se presenta en un orden muy diferente del de la ley, haciendo inútiles las leyes y reemplazando el sistema de derechos y deberes por un modelo dinámico de acción, poder y potencia.⁹¹

4.5. PADRE Y MADRE.

La clínica psicoanalítica revela una estructura familiar común en los sujetos perversos. Nos encontramos ante un cuadro familiar compuesto por una madre seductora y un padre silencioso, ambos propiciadores de una situación ambigua para el niño (futuro perverso). La madre que todo lo permite menos la entrada de la palabra paterna, el padre presente pero ausente simbólicamente, y el niño que apenas conoce reglas ni angustias. Es importante señalar que en psicoanálisis siempre se habla de objetos internalizados y nunca de objetos reales, es decir, lo que nos importa son las significaciones y los fantasmas del paciente, y no la realidad objetiva. En este caso no se trata de las figuras parentales reales y objetivas, sino de cómo el sujeto las vivencia, si bien a un nivel objetivo las madres de estos sujetos sí suelen ser seductoras con sus hijos, al igual que los padres no suelen involucrarse demasiado con ellos.

⁹⁰ Deleuze, 2008, 81.

⁹¹ Deleuze, 2008, 81.

Así pues, las normas y los límites no son impuestos adecuadamente, pareciera como si todo impulso tuviera cabida y el goce fuera posible, pero finalmente, en el momento de la verdad, cae la prohibición destrozando las falsas ilusiones del pequeño. La metáfora del padre no entra para consolidar la simbolización de la falta, pero tampoco la madre preparó un escenario para favorecer tal situación. No obstante la castración llega igualmente, sumiendo al sujeto perverso en tal angustia que se ve obligado, para sobrevivir, a retirarse a su mundo imaginario y percibir la realidad sólo de forma parcial y transformada. El perverso es entonces, a fin de cuentas, un niño frustrado tardíamente, y como tal se quedará fijado para siempre en su infancia, o bien como el niño malo con sus travesuras (sádico) o bien como el niño malo que hay que castigar (masoquista).

Ante esta dinámica familiar el perverso percibe a su madre como figura gratificante y frustrante a la par, y al padre como figura odiada y amenazante, como un intruso en la relación madre-hijo. W. Reich concibe el masoquismo como la adopción de la sumisión frente el objeto castrante (el padre), como forma de impedir, a través de la obediencia, la destrucción total que le amenaza; y el sadismo correspondería al intento de destrucción de esa figura castrante.

Sea como fuere, el objeto ansiado, que es el acceso total a la madre, queda vedado, pudiendo alcanzarlo solamente de modo parcial. El objeto femenino se constituye como objeto de deseo y, por ello, también como objeto de temor. Queda formado así el superyó del perverso por internalización de una presencia paterna inconsistente, un superyó anómalo que obliga a la repetición de la escena traumática en una búsqueda ilusoria de un final menos desconcertante.

La relación perversa es por tanto el único modo que ha encontrado el sujeto perverso para relacionarse con la mujer sin que la angustia de castración lo aniquile.

Precisamente Sacher-Masoch concibe a la mujer como casta e inasible, divina, la que se encuentra más allá de toda posible contaminación de lo terrenal. Adorada y temida a la vez, Wanda es acariciada y besada, pero jamás penetrada, pues Severino no puede acceder al objeto de deseo por completo, sino sólo de forma parcial, por medio de la esclavitud y la humillación, hasta el punto de que teme la libertad, porque la libertad para el masoquista no es otra cosa que la angustiosa pérdida del objeto.

Si es que no puedo gozar plena y enteramente la dicha del amor, necesito apurar al copa de los sufrimientos y de las torturas, ser maltratado y engañado por la mujer amada, cuanto más cruelmente, mejor. ¡Es un verdadero goce!⁹²

En el caso contrario, los héroes sadianos sólo acceden al objeto de deseo, la mujer, a través de su cosificación, de despojar su condición de sujeto para convertirla por completo en un objeto cuya única función es satisfacer. Vuelca Sade toda la agresividad contra la madre y se alía con el padre desplazado.

A los ojos del hijo, la hipocresía de la madre debe forzosamente legitimar todos los crímenes del padre abandonado, y a partir de entonces el delito (el Mal) será para el hijo arrepentido el único medio de pagar su deuda hacia el padre asesino, incestuoso y sodomita.⁹³

En este castigo de la figura materna el marqués arremete en sus obras contra todo valor matriarcal: fidelidad, entrega, sacrificio, piedad, benevolencia,... destinando a la mujer, o bien a su condición de objeto de placer del hombre, o bien a su posición como ídolo tiránico, derribando el altar donde la coloca la veneración social y religiosa. Es más, en su lucha contra la razón impuesta dice Sade que es a los hombres a quienes hay que llamar; son ellos los representantes del sexo razonable, y como tal son los únicos que pueden dar cuenta de la sinrazón. Las mujeres por naturaleza no tienen reflexión ni medida, así que cuanto más locas y monstruosas, más plenamente mujeres son.

Este odio hacia la madre se manifiesta también en el intento de liberar a la hija de los deberes maternos heredados. Sade ofrece a través de sus personajes una educación antimaterna, cuyo fin no es otro que el de humillar a la madre, muchas veces hasta el extremo: la muerte llevada a cabo por las manos de sus propios hijos.

Del otro lado se encuentra la adoración del padre abandonado por la madre, un padre que en vez de cumplir con el papel de hombre respetable y virtuoso encarna el héroe negro, el tirano destructor de la familia, el que está por encima de las leyes, el padre de la horda primitiva de Freud. Los atributos de éste son la sodomía y el incesto, y debe

⁹² Sacher-Masoch, 1973, 112.

⁹³ Klossowski, 2005, 134.

deshacerse de su esposa para poder gozar físicamente de su prole, pues para Sade y su lectura contraria del complejo de Edipo, es la madre la figura castrante que se opone a la unión entre el padre y los hijos. El personaje sadista se identifica entonces con la figura del padre ausente o desplazado por la madre para vengarlo a través del acto de la crueldad. Para combatir la desesperante pureza de la virgen Sade opone la transgresión del padre.

Es como si, en el sadismo, la imagen edípica de mujer sufriera una suerte de estallido: la madre asume el papel de víctima por excelencia, mientras que se promueve a la hija a la condición de cómplice incestuosa. Puesto que la familia e inclusive la ley llevan como impronta el carácter materno de la naturaleza segunda, el padre no puede ser padre sino colocándose por encima de las leyes, disolviendo a la familia y prostituyendo a los suyos.⁹⁴

De hecho, hay en la obra de Sade tantos matricidios como parricidios, pero no son ni de lejos comparables. La madre es asesinada por su lealtad a su naturaleza segunda mientras que el padre es asesinado por traicionar a su naturaleza primera.

La madre es identificada con la naturaleza segunda, está compuesta de moléculas “blandas” y sometida a las leyes de la creación, la conservación y la reproducción. El padre, por el contrario, sólo por conservadurismo social pertenece a esta naturaleza. Es de por sí testimonio de la naturaleza primera, situada por encima de los reinos y las leyes, y formada por moléculas furiosas o despedazadoras portadoras del desorden y la anarquía: *pater sive Natura prima*. Así pues, se asesina al padre por lo mismo que este falta a su naturaleza y a su función, mientras que se asesina a la madre precisamente por ser fiel a las propias.⁹⁵

Inclusive las heroínas sadianas son numerosas, pero todas sus acciones y placeres son ofrecidas a la atenta mirada del hombre. El sadismo se alza como negación activa de la madre e inflación de la figura del padre.

⁹⁴ Deleuze, 2008, 63.

⁹⁵ Deleuze, 2008, 62-63.

4.6. FANTASÍA PERVERSA.

El neurótico toma su fantasía como mundo privado no compartido en lo social, como una actividad solitaria; el perverso se sirve de su fantasía para relacionarse con los demás, necesita del otro para confirmar su subjetividad, en definitiva, para ser sujeto. Por tanto, el fantasma sólo tiene sentido si se lleva al acto, incluyendo al otro. Por eso Masoch necesita de su mujer verdugo. Por eso Sade necesita de sus víctimas.

Además, todo lo anulado en lo simbólico retorna en lo real de forma alucinatoria, y si esto ocurre el fantasma perverso cae. En el final de *La Venus de las pieles*, cuando el Griego toma el látigo y azota a Severino, todo el encanto masoquista se desvanece junto a la amenaza del retorno del padre. Según T. Reik⁹⁶, el masoquista se desilusiona y ha de abandonar su fantasía al vislumbrar, por un instante, la triste verdad de la presencia paterna tras la mujer déspota. Esta decepción precipita al masoquista a convertirse en sádico para escapar de nuevo de la presencia aterradora de la verdad.

Así, cuando Freud escribe: “Si lo que (los sujetos) anhelan más intensamente en sus fantasías se les presenta en la realidad, lo evitan a pesar de todo”, no se limita a argumentar simplemente que tal hecho se debe a la censura, sino, antes bien, a que el núcleo de nuestro fantasma nos es insoportable.⁹⁷

Es precisamente para salvaguardar la verdad por lo que el masoquista insiste en el establecimiento de un contrato, para que todo acto esté regulado y nada escape del guion destapando al padre oculto tras la mujer.

Así pues, el juego del masoquista, que es el del escondite con la imagen paterna, toma el dolor como condición indispensable para disolver la angustia por el placer prohibido. Ello implica que a mayor angustia, mayor placer. Es la eterna espera en la que la fusta descende ralentizada contra la piel.

El masoquista es el que vive la espera en estado puro. Es propio de la pura espera el desdoblarse en dos flujos simultáneos, el que representa lo que uno espera, y que por esencia tarda, hallándose siempre retrasado y siempre postergado, y el que representa lo

⁹⁶ Deleuze, 2008, 69.

⁹⁷ Žižek, 2006, 119.

que uno prevé, única cosa que podría precipitar la llegada de lo esperado. Que una forma semejante, que ese ritmo de tiempo con sus dos flujos sea provisto justamente por cierta combinación placer-dolor, es una consecuencia necesaria. El dolor viene a efectuar lo que uno prevé, al mismo tiempo que el placer efectúa lo que uno espera. (...) La angustia masoquista adquiere aquí la doble determinación de esperar infinitamente el placer, pero previendo intensamente el dolor.⁹⁸

En cuanto el sadismo, el héroe sadiano es un eterno insatisfecho que busca reiteradamente cumplir su fantasía, pero una y otra vez cae en el fracaso porque no existe crimen terrenal que pueda siquiera compararse con su fantasma. Repite incansablemente los actos criminales sin que ninguno se perfile de forma tan perfecta como en su mente.

Si Sade, que en su sistema reduce tanto como es posible la parte de las voluptuosidades intelectuales, que ha suprimido casi completamente el erotismo de la imaginación (porque su propio sueño erótico consiste en proyectar sobre unos personajes que no sueñan sino que actúan realmente, el movimiento ideal de sus placeres: el erotismo de Sade es un erotismo de sueño, puesto que no se realiza la mayor parte del tiempo sino en la ficción; pero en la medida en que ese erotismo es soñado, en la misma medida exige una ficción en la cual el sueño sea desterrado o la orgía sea realizada o vivida), si Sade, sin embargo, por excepción ha exaltado lo imaginario, es porque sabe muy bien que el fundamento de tantos crímenes imperfectos es un crimen imposible.⁹⁹

Se colocan en posiciones opuestas: el masoquista necesita creer que sueña, incluso cuando no sueña, mientras que el sádico necesita creer que no sueña, incluso cuando sueña.

Porque su propio sueño erótico consiste en proyectar, sobre personajes que no sueñan sino que actúan realmente, el movimiento irreal de sus goces (...) cuanto más soñado es ese erotismo, más exige una ficción de la que el sueño esté desterrado, donde el desenfreno sea realizado y vivido.¹⁰⁰

⁹⁸ Deleuze, 2008, 75-76.

⁹⁹ Blanchot, 1990, 16.

¹⁰⁰ Blanchot, citado por Deleuze, 2001, 76-77.

Pero finalmente ambos viven en su fantasía perversa y todo intento de salir de ella los precipita todavía más hacia el fondo.

Sacher-Masoch vive por y para su mundo fantasmático, y cada vez que intenta una aproximación a la vida real sólo obtiene un fantasma más. (...) Como el protagonista de la novela, Severino, Sacher-Masoch puede autodefinirse como un ultrasensualista (übersinnlich), en el sentido goethiano del término: “yo soy ultrasensualista..., en mí toda concepción procede, ante todo, de la imaginación y se nutre de quimeras”.¹⁰¹

4.7. CONTRA LA LEY.

Sade detesta la ley y al tirano por hablar su lenguaje. Por ello en sus novelas los héroes hablan en un lenguaje en el que jamás lo haría el tirano, superando la ley y destituyéndola mediante la idea del Mal.

Sacher-Masoch también embiste contra la ley, pero lo hace de una forma más sutil: demostrando lo absurda que es la ley. El héroe masoquista se burla de ella. El latigazo ya no castiga la erección, sino que la provoca. Se trata de experimentar el placer que la ley prohíbe, convertir el castigo en condición del placer.

Este ataque contra la norma social no se expresa únicamente mediante el lenguaje, sino que se percibe en toda la esfera perversa. En el sadismo el padre está por encima de la ley y la madre es relegada a la condición de víctima. En el masoquismo, del revés: la madre es la ley y el padre es expulsado del mundo simbólico.

El sentido del contrato masoquista es ciertamente otorgar el poder simbólico de la ley a la imagen de la madre. La ley del padre es prohibir el incesto; si la ley es confiada a la madre, la castración ya no es una amenaza, sino la condición del éxito del incesto. Devenir en hombre no es actuar como el padre ni ocupar su lugar, sino suprimir su espacio y su semejanza para hacer que el hombre nuevo nazca, un hombre renacido únicamente de la mujer a partir de la partenogénesis, sin sexualidad genital del padre, sin superyó. No se trata entonces, como postulaba Freud, de “un niño es pegado”, sino de “un padre es pegado”. El masoquista busca humillar y castigar a la imagen paterna

¹⁰¹ Castilla del Pino, 1973, 76.

que cohabita en su interior. Por tanto, el masoquista vive profundamente la culpa, pero no en su relación con el padre, sino en su semejanza con él. El padre es culpable en el hijo, y no el hijo respecto del padre. El masoquista busca renacer a través del sacrificio.

Pero la muerte sólo puede ser imaginada como segundo nacimiento, partenogénesis de la que el yo resurge, desembarazado de superyó tanto como de sexualidad. La reflexión del yo en la muerte produce el yo ideal en las condiciones de independencia o de autonomía del masoquismo. El yo narcisista contempla al yo ideal en el espejo materno de la muerte.¹⁰²

4.8. ANDROGINIA Y HERMAFRODITISMO.

El perverso supera el complejo de Edipo de forma ortopédica a través de la denegación y acepta la ley solamente bajo la condición de transgredirla constantemente. No entra en el mundo simbólico del deseo; queda peligrosamente del lado del goce de la pulsión. Defiende Freud que esta pulsión es parcial, energía anclada en alguna de las fases pregenitales de la evolución psicosexual, y en esta parcialidad tienen lugar los opuestos, lo femenino y lo masculino, lo pasivo y lo activo que buscan complementarse. Hay otra interpretación posible. Quizá sadismo y masoquismo no estén compuestos de pulsiones parciales sino de figuras completas.

El masoquista vive “en él” la alianza de la madre oral con el hijo, como el sádico vive la del padre con la hija. (...) En el caso del masoquismo, la pulsión viril se encarna en el papel del hijo, mientras que la pulsión femenina se proyecta en el papel de la madre; pero, precisamente, ambas pulsiones constituyen una figura, por cuanto la feminidad es postulada como no carente de nada y la virilidad como suspendida en la denegación (...) La figura del masoquista es hermafrodita, como la del sádico es andrógina. Cada cual dispone en su mundo de todos los elementos que tornan imposible e inútil el paso al otro.¹⁰³

¹⁰² Deleuze, 2008, 132.

¹⁰³ Deleuze, 2008, 72.

El andrógino de Sade es la unión incestuosa de la hija con el padre, y el hermafrodita de Masoch es la unión incestuosa del hijo con la madre. Forman cada pareja una totalidad perfecta.

4.9. DENEGACIÓN Y FETICHE.

A falta de un pacto acordado entre sus instancias psíquicas para un mayor equilibrio mental y una mayor adaptación social, el perverso da rienda suelta a su tendencia, pues tiene la capacidad para desobedecer a su superyó en determinados momentos y satisfacer sus impulsos. La perversión es la última defensa contra la psicosis, y como eje central de la estructura perversa se encuentra la denegación, mecanismo de defensa no por ello menos grave.

Podría parecer que una denegación en general es mucho más superficial que una negación o hasta una destrucción parcial. Pero no es así; se trata de operaciones completamente distintas. Tal vez deba entenderse la denegación como el punto de partida de una operación que no consiste en negar y ni siquiera en destruir, sino, más que esto, en impugnar la legitimidad de lo que es, en someter lo que es a una suerte de suspensión, de neutralización, aptas para abrir ante nosotros, más allá de lo dado, un nuevo horizonte no dado.¹⁰⁴

El elemento de la denegación por excelencia es el fetiche, “(...) el sustituto del falo de la mujer (de la madre), en cuya existencia el niño pequeño creyó otrora y al cual (bien sabemos por qué) no quiere renunciar”¹⁰⁵. El fetiche posibilita la relación del perverso con la figura femenina, “pues confiere a la mujer precisamente aquel atributo que la torna aceptable como objeto sexual”¹⁰⁶, y su elección parece estar asociada con una fijación de la memoria en lo último visto por el niño antes del trauma, esto es, la percepción de la ausencia de pene en la madre. De esta forma el niño vuelve a un momento anterior donde la madre todavía conservaba el falo. Así se explica por qué,

¹⁰⁴ Deleuze, 2008, 34-35.

¹⁰⁵ Freud, 2007d, 2993.

¹⁰⁶ Freud, 2007d, 2994.

por ejemplo, los zapatos, los pies y las prendas íntimas son tan comunes como objetos fetiche.

Parece más bien que el establecimiento de un fetiche se ajusta a cierto proceso que nos recuerda la abrupta detención de la memoria en las amnesias traumáticas. También en el caso del fetiche el interés se detiene, por así decirlo, en determinado punto del camino: consérvase como fetiche, por ejemplo, la última impresión percibida antes de la que tuvo carácter siniestro y traumático. Así, el pie o el zapato deben su preferencia (total o parcialmente) como fetiches a la circunstancia de que el niño curioso suele espiar los genitales femeninos desde abajo, desde las piernas hacia arriba. Como hace ya tiempo se presumía, la piel y el terciopelo reproducen la visión de la vellosidad púbica que hubo de ser seguida por la vista del anhelado falo femenino; la ropa interior, tan frecuentemente adoptada como fetiche, reproduce el momento de desvestirse, el último en el cual la mujer podía ser considerada todavía como fálica.¹⁰⁷

El fetiche no es entonces símbolo de nada, sino más bien un velo que oculta tras de sí el horrible secreto del cual el perverso no quiere saber nada: la ausencia del falo materno.

Así pues, el fetiche no sería de ninguna manera un símbolo, sino una suerte de plano fijo y coagulado, una imagen congelada, una fotografía a la que volveríamos una y otra vez para conjurar las incómodas consecuencias del movimiento, los incómodos descubrimientos de una exploración: el fetiche representaría el último momento en el que todavía fuera posible creer...¹⁰⁸

El fetichismo así definido por los procesos de denegación y suspenso pertenece esencialmente al mundo del masoquismo, constituyéndose incluso en una condición sin el cual no existe masoquismo propiamente dicho. A través de la denegación y el fetiche el masoquista suspende lo real y encarna el ideal en este suspenso, que no es otro que el nacimiento de un segundo yo libre del padre.

¹⁰⁷ Freud, 2007d, 2995.

¹⁰⁸ Deleuze, 2008, 35.

De hecho, los fetiches principales de Sacher-Masoch y sus protagonistas son las pieles y el calzado, los cuales cumplen con la doble dimensión de, por un lado, suspender el conocimiento acerca de la realidad y, por el otro, suspenderse del ideal.

Deseo de observación científica y luego contemplación mística. Mucho más que eso, el proceso de denegación masoquista llega tan lejos que recae sobre el placer sexual mismo: aplazado al máximo, el placer es objeto de una denegación que permite al masoquista, en el momento de experimentarlo, denegar su realidad para identificarse con “el hombre nuevo sin sexualidad”.¹⁰⁹

En el sadismo puede darse el fetichismo, pero sólo de manera secundaria, superando el contexto de la denegación y el suspenso para pasar al de lo negativo y la negación y servir a la condensación sádica.

4.10. SUPERYÓ SÁDICO Y YO MASOQUISTA.

Según Freud, el sádico está desprovisto de superyó mientras que el masoquista tiene un superyó devorador que vuelve el sadismo contra él. Desde este punto de vista se explica la crueldad del sádico por la ausencia de una instancia punitiva. Sin una figura capaz de amedrentarlo y castigarlo el sádico siente plena libertad para esquivar a placer cualquier coacción moral. De forma inversa, la necesidad de castigo del masoquista se explica por una instancia moral exageradamente estricta y perfeccionista. El constante sentimiento de culpa lo empuja una y otra vez a buscar la expiación de sus pecados.

Deleuze propone que podemos invertir la fórmula freudiana: el aplastamiento del yo masoquista y la ausencia de un superyó en el sádico son meras apariencias.

En la proyección masoquista sobre la mujer golpeadora se revela que el superyó no adapta una forma exterior sino para hacerse aún más grotesco y servir a los propósitos de un yo triunfante. Del sádico se diría casi lo contrario: que tiene un superyó fuerte y aplastador, y que sólo tiene eso.¹¹⁰

¹⁰⁹ Deleuze, 2008, 37.

¹¹⁰ Deleuze, 2008, 125.

Lo que moraliza al superyó es la coexistencia y complementariedad con un yo interno y el componente materno que custodia esta unión. Pero el sádico tiene un superyó tan fuerte que se ha identificado con él, se ha convertido en su propio superyó y ha expulsado fuera de sí al yo junto al componente materno. Queda en él sólo la cruel inmoralidad que ataca precisamente a ese yo y a esa madre que ha negado.

El sadismo no tiene otras víctimas que la madre y el yo. *No tiene más yo que en el exterior*: tal es el sentido fundamental de la apatía sádica. *No tiene más yo que el de sus víctimas*: monstruo reducido a un superyó, superyó que realiza su crueldad total y que recobra de un salto su plena sexualidad en cuanto deriva su potencia hacia afuera.¹¹¹

Esto explica el pseudomasoquismo del sadismo. Expulsado el yo al exterior, el sádico se identifica con el dolor infringido a sus víctimas. Nada tiene que ver con el masoquismo del auténtico masoquista.

Respecto el masoquismo, el yo triunfa y expulsa el superyó afuera bajo la figura de la mujer déspota. A diferencia del sadismo, aquí la instancia expulsada no es negada, sino denegada, o sea, conserva su función. El superyó continúa siendo castigador, aunque denegado a modo de caricatura, pues las prohibiciones del superyó son para el masoquista las condiciones para alcanzar el placer. Igual que pasaba en el sadismo, encontramos en el masoquismo un pseudosadismo que nada tiene que ver con el sadismo del verdadero sádico.

El sadismo va de lo negativo a la negación: de lo negativo como proceso parcial de destrucción que se repite indefinidamente, a la negación como idea total de la razón. Para entender este movimiento es menester entender el funcionamiento del superyó en la perversión sádica. Como el superyó exilia al yo y lo proyecta en sus víctimas el sádico se encuentra siempre ante un proceso de destrucción que debe iniciar una y otra vez. Y como el superyó funda un extraño ideal del yo (identificarse con sus víctimas) totaliza los procesos parciales, los supera hacia una idea de la negación pura que constituye el frío pensamiento del superyó.

Por otro lado, el masoquismo va de la denegación al suspenso: de la denegación como proceso que se libera de la presión del superyó, al suspenso como encarnación del

¹¹¹ Deleuze, 2008, 125.

ideal. La denegación es un proceso cualitativo que le cede a la madre la ley y la posesión del falo. El suspenso representa la nueva cualificación del yo, el ideal de renacimiento a partir de ese falo materno sin intervención alguna del padre. Entre ambos, denegación y suspenso, se desarrolla una relación cualificada de la imaginación en el yo, muy distinta de la relación cuantitativa del pensamiento en el superyó, puesto que la denegación es una reacción de la imaginación, tanto como la negación es un acto del pensamiento.

“Al frío pensamiento del sádico se opone la imaginación helada del masoquista”¹¹². El sádico se entrega a la tentativa de identificación. Para ello toma la imagen paterna para producir un superyó capaz de establecer un ideal del yo como ideal de autoridad que da cabida a un origen exterior al narcisismo. En cambio, el masoquista se entrega a la tentativa de idealización. Para ello utiliza la figura de madre como reflejo especular capaz de producir el yo ideal en tanto ideal narcisista de omnipotencia.

4.11. EROS Y TÁNATOS.

Freud postuló ya en la etapa final de su vida y obra que había algo más allá del principio de placer. Hablar de más allá no implica hablar de una excepción, pues todo termina por conciliarse con el principio de placer, ya sean las situaciones aparentemente displacenteras, las repeticiones perniciosas o el peor de los síntomas. “En síntesis, no hay excepción al principio de placer, aunque existan singulares complicaciones del placer en sí”¹¹³. Empero que nada desentone con el principio de placer no significa que todo proceda de él.

(...) el principio de placer reina por encima de todo pero no lo gobierna todo. No hay excepción al principio, pero hay un residuo irreductible al principio. No hay nada contrario al principio, pero hay algo exterior, y heterogéneo al principio: un más allá...¹¹⁴

Ese algo no explicable a partir del principio de placer se debe a la existencia de su contrapartida: la pulsión de muerte. “Más allá de Eros, Tánatos. Más allá del fondo, lo

¹¹² Deleuze, 2008, 129.

¹¹³ Deleuze, 2008, 114.

¹¹⁴ Deleuze, 2008, 115.

sin-fondo. Más allá de la repetición-lazo, la repetición-goma, que borra y mata¹¹⁵”. Es la energía que lleva a la destrucción del prójimo y de uno mismo, pero también es la energía que equilibra la pulsión de vida. Eros y Tánatos conviven como las dos caras de la misma moneda, por lo que toda destrucción conlleva una construcción y toda separación una unión. La negación no es posible en el inconsciente, puesto que los opuestos van de la mano.

Ni Eros ni Tánatos pueden ser dados o vividos. Sólo son dadas en la experiencia combinaciones de ambos, siendo el papel de Eros ligar la energía de Tánatos y someter estas combinaciones al principio de placer en el Ello. Por eso, aunque Eros no sea más dado que Tánatos, por lo menos se hace oír y actúa. Pero Tánatos, lo sin-fondo portado por Eros, devuelto a la superficie, es fundamentalmente silencioso: y tanto más terrible.¹¹⁶

Tan terrible que se expresa como la envoltura exterior común a ambas perversiones. Eros es desexualizado y Tánatos resexualizado, y en medio de este proceso el placer y la repetición se han intercambiado los roles. En el sadismo y en el masoquismo no se repite lo que en su momento ocasionó placer, sino que la repetición baila sola y el placer sigue sus pasos, haciendo que el principio de placer deje de ser la brújula de nuestra psique.

El hecho de que el dolor y el displacer puedan dejar de ser una mera señal de alarma y constituir un fin, supone una paralización del principio del placer: el guardián de nuestra vida anímica habría sido narcotizado.¹¹⁷

4.12. NO COMPLEMENTARIEDAD.

En el ámbito clínico sadismo y masoquismo suelen estudiarse a la par, sobre todo en la investigación psicoanalítica, aunque la entidad sadomasoquista no fue inventada por Freud; aparecía ya en Krafft-Ebing y Havelock Ellis.

¹¹⁵ Deleuze, 2008, 117.

¹¹⁶ Deleuze, 2008, 118.

¹¹⁷ Freud, 2007c, 2752.

Se cree que sadismo y masoquismo representan la imagen especular el uno del otro, que comparten la psicogénesis y que rasgos de uno se expresan en el otro. Una evidencia que apoya esta idea es el hecho de que en la fantasía perversa están bien perfilados ambos roles, el del sádico y el del masoquista, pudiendo deducir que existe en todo perverso parte de ambos.

Aquel que halla placer en producir dolor a otros en la relación sexual está también capacitado por gozar del dolor que puede serle ocasionado en dicha relación como de un placer. Un sádico es siempre, al mismo tiempo, un masoquista, y al contrario. Lo que sucede es que una de las dos formas de la perversión, la activa o la pasiva, puede hallarse más desarrollada en el individuo y constituir el carácter dominante de su actividad sexual.¹¹⁸

Que el sujeto se identifique con uno o con otro sólo hace constar cuál de los dos existe en un modo más superficial, más consciente y aceptable por él. Da igual que el protagonista de su historia sea la víctima cuando el cruel verdugo es también una creación suya. Por otro lado, que la perversión se exprese en forma de sadismo o masoquismo depende también de la identificación preponderante con la figura paterna, rol activo, rol dominador; o con la figura materna, rol pasivo, rol de castrado.

El masoquismo correspondería entonces a un sadismo originario vuelto contra el propio sujeto, un autosadismo, o sea, por regresión de la proyección de las pulsiones agresivas desde el objeto al yo, normalmente por sentimientos de culpa. Ante la angustia de perder el amor de los padres el niño renuncia a la expresión de la agresividad y la libido hacia el exterior. “El imperativo categórico de Kant es, por tanto, el heredero directo del complejo de Edipo”¹¹⁹.

El retorno del sadismo contra la propia persona se presenta regularmente con ocasión del *sojuzgamiento cultural de los instintos*, que impide utilizar al sujeto en la vida una gran parte de sus componentes instintivos destructores. Podemos representarnos que esta parte rechazada del instinto de destrucción surge en el yo como una intensificación del masoquismo. Pero los fenómenos de la conciencia moral dejan adivinar que la

¹¹⁸ Freud, 2007a, 1186.

¹¹⁹ Freud, 2007c, 2757.

destrucción que retorna al *yo* desde el mundo exterior es también acogida por el *super-yo*, aunque no haya tenido efecto la transformación indicada, quedando así intensificado su sadismo contra el *yo*. El sadismo del *super-yo* y el masoquismo del *yo* se complementan mutuamente y se unen para provocar las mismas consecuencias.¹²⁰

El carácter sexual de este autosadismo se debería también a la ligazón con la pulsión libidinal. La pulsión destructiva tiende a expresarse hacia afuera, mientras que la pulsión de vida tiende a permanecer dentro del sujeto. Así pues, cuando la primera vuelve a su fuente original en el interior, queda desde entonces unida a la segunda. Desde esta conceptualización psicoanalítica, el masoquista perverso se identifica con la madre para ofrecerse como objeto sexual al padre y poder gozar de él, pero en esta inversión cae en un segundo miedo a la castración por la actitud pasiva; sustituye entonces el deseo de ser amado por el padre por el deseo de ser pegado por él.

Este “ser pegado” constituye una confluencia de la conciencia de culpabilidad con el erotismo; no es sólo el castigo de la relación genital prohibida, sino también su sustitución regresiva, y de esta última fuente extrae la excitación libidinosa, que desde este punto queda unida a ella y buscará una descarga en actos onanistas.¹²¹

No obstante, es la madre la que pega y no el padre debido a, primero, la necesidad de escapar de una elección homosexual demasiado manifiesto, segundo, por la necesidad de conservar aquel primer momento donde la madre era el objeto deseado, pero asociándole el gesto castigador del padre y, tercero, la necesidad de reunirlos todo en una demostración dirigida solamente al padre (“no soy yo el que desea ocupar tu lugar, sino que es ella la que me pega”). En consecuencia, tras la figura femenina se oculta siempre la figura del padre.

En el caso de que las pulsiones tánáticas volvieran al exterior, la perversión se expresaría en forma de sadismo, aunque para que el sujeto sádico disfrute de los dolores que provoca ha de haber padecido primero dolores en su propia carne y disfrutado de ellos, haber erotizado anteriormente las excitaciones que superan ciertos límites cuantitativos, es decir, tiene que haber sentido “masoquísticamente” la relación entre el

¹²⁰ Freud, 2007c, 2758.

¹²¹ Freud, 2007b, 2471.

dolor y el placer propios. Entendido de este modo, el sadismo sería un masoquismo proyectado.

Para Deleuze (2008) esta explicación no es suficiente, y va más allá: la vuelta de la energía hacia el propio sujeto implica una desexualización, un abandono de las metas sexuales. Entonces cabe imaginar un sadismo vuelto contra el yo de un superyó ejerciéndose de forma sádica contra el yo, sin que por ello exista masoquismo del yo. Para que haya masoquismo debe haber una resexualización de esa energía, caracterizada por el deseo de ser castigado: la punición resuelve la culpa y la angustia, posibilitando el placer sexual. Por otro lado, como la vuelta contra el yo remite a un estadio en el cual el superyó es sádico pero desexualizado, implica que es además un estadio activo (“yo me castigo”, propio del neurótico obsesivo). Pero el masoquismo, en su proceso de resexualización, se convierte en un estadio pasivo (“me castigan”), el cual implica una proyección mediante la cual una persona del exterior asume el papel de sujeto (la mujer verdugo).

Por otro lado, parece que volviendo a la lectura de Sade y Masoch se deduce que la pseudounidad sadomasoquista no puede existir, aunque sí cierta complementariedad debido a que en ambos casos la resolución corresponde con una inversión de roles.

El sadismo de Severino es una terminación: se diría que, a fuerza de expiar y de satisfacer la necesidad de expiar, el héroe masoquista se permite por fin lo que las puniciones supuestamente le prohibían. Puestos en primer plano, los sufrimientos y castigos hacen posible el ejercicio del mal que ellos debían vedar. El “masoquismo” del héroe sádico, a su vez, surge a la salida de los ejercicios sádicos, como su límite extremo y como la sanción de gloriosa infamia que los corona.¹²²

No existe, por tanto, una complementariedad real entre sadismo y masoquismo. “Se evitará en todo caso tratar el sadismo y el masoquismo como perfectos contrarios, salvo para decir que los contrarios se rehúyen, que cada cual huye o perece...¹²³”. Asimismo, la pareja sadomasoquista no es posible. El verdadero sádico busca una víctima que sufra, no un masoquista que goce; e igualmente el masoquista busca instruir un verdugo

¹²² Deleuze, 2008, 42.

¹²³ Deleuze, 2008, 72.

bajo el modelo específico de su fantasía, no quiere un sádico que impone sus propias normas. El supuesto masoquista de la escena sádica no es masoquista realmente, sino un componente del sadismo, de igual forma que la figura sádica de la escena masoquista es en realidad un componente del masoquismo.

(...) si la mujer-verdugo no puede ser sádica en el masoquismo, es precisamente porque está *en* el masoquismo, porque forma parte de la situación masoquista, en su carácter de elemento realizado del fantasma masoquista: ella pertenece al masoquismo. No en el sentido de que tendría los mismos gustos que su víctima, sino porque tiene ese “sadismo” que no encontramos jamás en el sádico y que es como el doble o como la reflexión del masoquismo. Otro tanto se dirá del sadismo: la víctima no puede ser masoquista, pero no simplemente porque el libertino se desconcertaría si ella sintiera placer, sino porque la víctima del sádico pertenece enteramente al sadismo, es parte integrante de la situación y se muestra, aunque parezca increíble, como el doble del verdugo sádico (...).¹²⁴

Y ni siquiera esta unión entre el sádico y el masoquista con su partenaire es una relación verdadera, pues el perverso está encerrado en su propio mundo ciego y sordo de toda comunicación.

Tal vez cada uno de ellos, el sádico y el masoquista, escenifican un drama suficiente y completo con personajes diferentes, sin nada que los ponga en comunicación ni por dentro ni por fuera. Mal que bien, sólo hay comunicación en el normal.¹²⁵

Finalmente, si bien ambos, sádico y masoquista, poseen el complejo placer-dolor, “cabe preguntarse si su ‘ojo’, órgano común a ambos, no es un ojo bizco”¹²⁶. Aunque los dos comparten la vivencia de esta dualidad no tienen por qué hacerlo de la misma forma. El complejo placer-dolor puede tomar múltiples formas y expresiones.

Resumiendo, el sadismo y el masoquismo son dos estructuras diferentes y no funciones transformables.

¹²⁴ Deleuze, 2008, 44-45.

¹²⁵ Deleuze, 2008, 49.

¹²⁶ Deleuze, 2008, 50.

5. CONCLUSIONES

Hasta aquí nuestro intento de arrojar luz en el oscuro campo del erotismo y de la perversión, a sabiendas de que son temas que no pueden reducirse, sin ser mutilados, a un estudio específico como éste. Se añade también la dificultad de hablar de algo inherente a nuestra existencia, algo concerniente a nuestra vivencia interior. Nos preguntamos si ponerle palabras no le quita realidad. Dentro de lo posible hemos de cuidar de no desligar el erotismo y la perversión de la totalidad de la vida y de la experiencia humana.

El erotismo abre una ventana a la reflexión, un interrogante acerca de nuestro ser, y no podemos cuestionar nuestro ser sin cuestionar nuestro lado oscuro. El ser humano nace con impulsos que ha de domeñar si quiere jugar en el tablero de sus semejantes, y por ello es menester prestar atención a aquello a lo que ha renunciado por tales privilegios, porque no por haberlo reprimido ha desaparecido de su interior; deja huella, y la huella marca nuestro ser. Hay por tanto en el alma humana tanta generosidad y bondad como destrucción y crueldad.

El morbo que nos producen las escenas violentas del cine da cuenta de nuestro goce perverso, bien por identificación con el verdugo, bien por identificación con la víctima, o con ambos personajes a la vez. La psicopatía hace su aparición cuando frente las noticias de violaciones y guerras seguimos comiendo con total serenidad. Igual ocurre con la lectura de Sade y Masoch porque, por supuesto, la literatura no se encuentra desligada de la vida, sino que nuestra existencia es posible sólo en la medida en que nos hallamos inmersos en un mundo de símbolos que le otorga color y sentido. Si bien es cierto también que las palabras impresas arrojan cierta ilusión de distancia mediante el cual es más fácil afrontar la verdad, hasta el punto de confundirla con la fantasía.

Pues si nuestra manera de decir sigue siendo metafórica de nuestra manera de vivir, no hay un mundo separado, un mundo relativo de la literatura. Existe el mundo, con la posibilidad infinita de sus representaciones que contribuyen, todas, a modificarlo, mentirosas o no, dándonos la vida, mentirosa o no, que a fin de cuentas elegimos menos ciegamente de lo que se supone, en la oscuridad simbólica en la que avanzamos, en el tenebroso bosque de signos donde no hay obra literaria que no vaya a perderse para alimentarlo o envenenarlo.

Aquí es donde siempre estamos, descubriéndose nuestra realidad en las lindes de lo imaginario, desarrollando nuestra vida al borde de la irrealidad. Difícil de aceptar cuando todo esto se despliega contra un fondo de asesinato, quiero decir: por encima del abismo del corazón humano donde la sangre es siempre el color de rigor. También es difícil de admitir que la literatura no es la fortaleza de imágenes y de palabras que nos permitiría mantenernos a distancia de ese horror, aunque considerándolo, sino por el contrario la escena bien a la vista, en la intemperie donde todo vuelve a representarse bajo el impudor de las máscaras. Es mucho más cómodo creer en el juego literario donde las máscaras sólo serían máscaras y donde las palabras no serían más que palabras.¹²⁷

Es más, los seres humanos, como neuróticos comunes que somos la mayoría, envidiamos en secreto a los perversos porque hacen lo que nosotros jamás nos atreveríamos a hacer por nuestras limitaciones morales. Nosotros buscamos sustitutos aceptados culturalmente para saciar nuestras apetencias sexuales; ellos toman cuanto necesitan para calmar su sed de desmesura. Nosotros hacemos trampas e intentamos acceder al goce acercándonos lo menos posible al horror; ellos se alían con el horror y conquistan la cumbre del éxtasis.

Quizá la relevancia de este estudio se halla precisamente en la no siempre admitida verdad de que en todo ser humano se encuentran, en mayor o menor medida, componentes perversos. El funcionamiento que puede ser denominado como normal por la sociedad de un momento histórico dado coexiste siempre con lo irracional y la locura; el imperio de la virtud es pura utopía. Como seres deseantes estamos bajo el yugo de los límites y el tormento por transgredirlos. Por eso mismo las obras de Sade y Masoch no dejan indiferente a nadie. Pueden provocar admiración, repulsión, o una mezcla de ambas, pero siempre remueven emocionalmente, tal vez porque “donde el escándalo es extraordinario, el respeto es extremo”¹²⁸. Todos llevamos un Sade y un Masoch dentro de nosotros; todos albergamos, aunque sea de forma reprimida, un monstruo en nuestro interior, así que estudiar sus obras y sus pensamientos nos acerca un poco más a la comprensión del hombre.

¹²⁷ Le Brun, 2008, 29-30.

¹²⁸ Blanchot, 1990, 2.

6. BIBLIOGRAFÍA

- Baigorria, O. (2003). *Georges Bataille y el erotismo*. Madrid: Campo de ideas.
- Bataille, G. (1981). *Breve historia del erotismo*. (A. Drazul, Trad.). Montevideo: Ediciones Calden.
- Bataille, G. (2000). *La literatura y el mal*. Recuperado de <http://www.elaleph.com>
- Bataille, G. (2013). *El erotismo*. (A. Vicens y M-P. Sarazin, Trad.). Barcelona: Tusquets Editores. (Versión original publicada en 1957).
- Blanchot, M. (1990). La razón de Sade. En *Lautréamont y Sade* (pp. 11-63). (E. Lombera Pallares, Trad.). México: FCE. Recuperado de <http://losdependientes.com.ar/uploads/33zyn1gep.pdf>
- Castilla del Pino, C. y Sacher-Masoch, L. (1973). *Introducción al masoquismo. La Venus de las pieles*. (C. B. de Quirós, Trad.). Madrid: Alianza Editorial.
- Deleuze, G. y Parnet, C. (1980). Psicoanálisis muerte analiza. En *Diálogos*. (pp. 87-138). (J. Vázquez, Trad.). Valencia: Pre-Textos. (Versión original publicada en 1977).
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2002). ¿Cómo hacerse un cuerpo sin órganos? En *Mil mesetas: Capitalismo y esquizofrenia* (pp. 155-171). (J. Vázquez Pérez, Trad.). Valencia: Pre-Textos. (Versión original publicada en 1980).
- Deleuze, G. (2008). *Presentación de Sacher-Masoch: Lo frío y lo cruel*. (I. Agoff, Trad.). Buenos Aires: Amorrortu. (Versión original publicada en 1967).
- Freud, S. (2007a). Tres ensayos para una teoría sexual. *Obras Completas* (L. López Ballesteros, Trad., vol. 2, pp. 1169-1237). Madrid: Biblioteca Nueva. (Versión original publicada en 1905).

- Freud, S. (2007b). Pegan a un niño. *Obras Completas* (L. López Ballesteros, Trad., vol. 3, pp. 2465-2480). Madrid: Biblioteca Nueva. (Versión original publicada en 1919).
- Freud, S. (2007c). El problema económico del masoquismo. *Obras Completas* (L. López Ballesteros, Trad., vol. 3, pp. 2752-2759). Madrid: Biblioteca Nueva. (Versión original publicada en 1924).
- Freud, S. (2007d). Fetichismo. *Obras Completas* (L. López Ballesteros, Trad., vol. 3, pp. 2993-2996). Madrid: Biblioteca Nueva. (Versión original publicada en 1927).
- Heine, M. (1980). *Prólogo al Diálogo entre un sacerdote y un moribundo*. (M. Pellegrini, Trad.). Barcelona: Argonauta.
- Klossowski, P. (2005). *Sade mi prójimo*. (A. Barreda, Trad.). Madrid: Arena Libros. (Versión original publicada en 1947).
- Le Brun, A. (2008). *Sade: De pronto un bloque de abismo*. (S. Mattoni, Trad.). Buenos Aires: Ediciones literales. (Versión original publicada en 1986)
- Marqués de Sade (1997). *Elogio de la insurrección*. (A. Nuño, Trad.). Barcelona: El viejo topo.
- Žižek, S. (2006). Deleuze. En *Órganos sin cuerpo: Sobre Deleuze y consecuencias*. (pp. 19-129). (A. Gimeno Cuspiner, Trad.). Valencia: Pre-Textos. (Versión original publicada en 2004).